

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

1872. — TOMO XXXIX.

Administracion general y Redaccion : Passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 31. — N° 1,007.

SUMARIO.

Fiestas filantrópicas en San Eustaquio; grabado. — **Revista española**. — **Las fiestas nacionales de Holanda**; grabados. — **Revista de Paris**. — **Historia de dos bofetones**. — **Ceremonia de la colocacion de la primera piedra del monumento conmemorativo de la independencia holandesa**; grabado. — **El robo del ferrocarril de Andalucía**; grabado. — **La cueva de Benidoleig**. — **El palacio municipal del Havre**; grabado. — **Viajes : Abisinia**; grabados. — **¿Qué hará de ello?** — **Problemas de ajedrez**; grabado. — **El cercado de la calle de Haxo**; grabado.

Fiesta filantrópica en San Eustaquio.

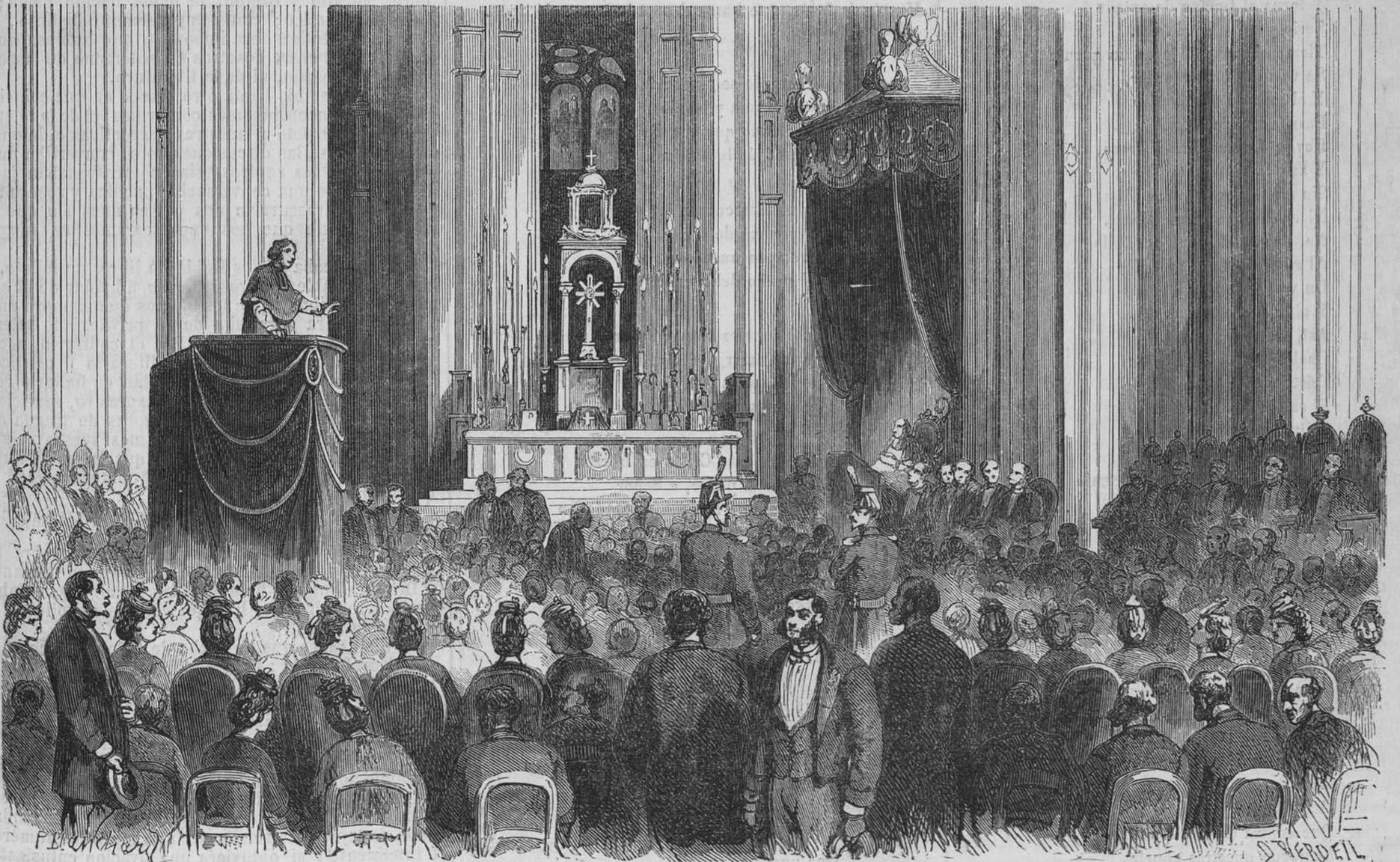
El jueves 4 de abril se ha celebrado en San Eustaquio una misa solemne, á beneficio de la caja de las escuelas del segundo distrito de Paris.

A las doce en punto el señor arzobispo, acompañado del clero de la parroquia, hacia su entrada en la iglesia, seguido de las veinte señoras que patrocinan la obra; habianse reservado puestos para el alcalde y los adjuntos, y la iglesia, á pesar de sus vastas dimensiones, parecia insuficiente para contener á la multitud que se apiñaba en sus cinco naves.

El sermón, predicado por el presbítero M. Roche con una conviccion profunda, contribuyó mucho sin duda á la recaudacion de limosnas, que fueron abundantísimas, recogidas por las señoras á cuya cabeza estaba la de Carénac, alcaldesa del distrito.

La ejecucion musical, confiada á la excelente banda de música de la guardia, bajo la direccion de M. Paulus, cantando los solos los señores Bosquin, Hermann Leon, Perrier y Gayot, fué perfecta. Además, el organista M. Batista estuvo admirable, y el *crescendo* formidable con que saludó la entrada del venerable prelado, es una de las piezas mas extraordinarias que pueden oirse.

P. B.



PARIS. — Fiesta filantrópica en San Eustaquio, á beneficio de la Caja de las Escuelas del 2° distrito.

Revista española.

El minué. — Un romance. — La Semana Santa. — Una composición de Lope de Vega. — Teatros. — Carlos Rubio y su drama *Rienzi*. — Don Eugenio de Ochoa. — La Hacienda de nuestros abuelos. — Una criada trágica. — Una escena cómica. — El sainete.

No recuerdo bien si en mi anterior revista os hablé del minué.

Este antiguo baile ha hecho su reaparición en la buena sociedad madrileña, y al conde de Puñonrostro ha cabido la gloria de servir á la clásica danza de nuestros abuelos de lazo entre su pasado y su presente.

En efecto, este distinguido aristócrata ha enseñado las figuras y contrafiguras del reposado y clásico minué, á las parejas que han tenido el valor de ir á la fosa á buscarlo para reproducirlo con toda su majestuosa belleza.

Y ya que este suceso ha hecho época, creo que mis lectores verán con gusto un documento que ha circulado mucho en los círculos de la elegante sociedad.

Su belleza y oportunidad le darán fácil acceso entre vosotros.

Se trata del precioso romance que las ocho discípulas del conde de Puñonrostro dirigieron á este, su maestro de minué, despues de haber ejecutado este baile con un brillante éxito, primero en los salones del palacio de Portugalete, despues en los de la condesa de Montijo.

Hé aquí, pues, la bella é ingeniosa composición :

Al Excmo. Señor conde de Puñonrostro.

Recibimos, señor conde,
 Vuestra tarjeta de ayer,
 Y escrito allí lindamente
 Vuestro recado cortés.
 Bien demuestra vuecelencia
 Con su atento proceder
 Que es maestro en la hidalguía
 Tanto como en el minué.
 Perdon nos demanda á todas :
 Señor conde, no hay de qué ;
 Que no es falta de paciencia,
 Ni es delito el interés.
 ¡ Perdon ! Cuando por vuecelencia
 Vuelve á reinar la mujer,
 Y torna al tiempo de antaño
 Serio y galante á la vez.
 Tiempo en que al tocar un guante
 Se veía al hombre arder,
 Y al aire de un abanico
 Pasaba tímido el pié.
 Hoy le damos mano y brazo,
 Y aun la cintura también,
 Sin que el hombre sacrifique
 Ni un cigarro ni un piquet.
 No, que va despues del baile
 Al club, dejando tras él
 Un vestido hecho girones
 Y algun corazon tal vez.
 Así, tras del cotillon
 Cualquiera dijera que es
 Triste campo de batalla
 El salon de una soirée.
 Allí yacen trenzas, rizos,
 Despojos de la altivez ;
 Y allá una cruz que fué premio
 De temerario doncel.
 Bandas, arcos y banderas
 Y flores sin rosicler
 Y bombas que ya estallaron
 Hiriendo... Dios sabe á quién.
 Y en el alma la tristeza,
 Y en el corazon la hiel,
 Y en el cuerpo la fatiga
 Y en la razon el desden...
 Cuánto es mejor que en la casa
 Donde recuerda el pincel
 Entre mármoles y bronce
 La victoria de Bailen,
 Recordemos las victorias
 Que contra el sexo cruel
 Lograron nuestras abuelas
 Venciéndole en el minué
 Vuecelencia, señor conde,

Nuestro caudillo ha de ser,
 Y á su táctica severa
 No hay quien oponga esquivéz,
 Mozart nos dará el impulso,
 ¡ Y qué será entonces ver
 Tornando el cuadro, á mirarnos
 Masas de encaje y *glacé* !
 Y apiñarse en las entradas,
 Y escalar los canapés,
 Y rendirse prisioneros
 Cien corazones y cien.
 Ciertamente no cuenta ucencia
 La antigüedad del *paspie*
 Que el ejército de Véstris
 No ha sido el vuestro, Javier.
 Que otro baile os enseñaron
 Córdoba y Carondelet,
 Cuando allá en Mendigorría
 Luchábais por Isabel.
 Mas como de esos milagros
 Puede hacer quien quiere bien,
 Y aquí enseñará á bailar
 Quien allí aprendió á vencer.
 Mas como todo trabajo
 Merece su justa prez,
 Al maestro y al amigo
 En pago es bien se le dé,
 Libranza de gratitud
 Capital cuyo interés
 Aquí la amistad abona
 Y allá premie Dios. Amen.

Nadie diría despues de leer este romance que estamos en elecciones y con la sogá al cuello como quien dice.

Hablemos de la Semana Santa, que ha servido á las españolas para hacer oposicion al gobierno, presentándose en la calle con las clásicas mantilla y peineta.

Por cierto que daba gusto verlas.

Digan lo que quieran, la mantilla española bien llevada es fascinadora.

A pesar de este alarde político de la moda, preciso es confesar que el sentimiento religioso se ha manifestado con mas fuerza que nunca.

La piedad particular ha facilitado á los templos recursos para las funciones de estos dias, y todos los periódicos han dedicado artículos y versos á la Pasion del Redentor.

Por ser curiosa y bellísima en extremo, voy á reproducir un precioso romance de Lope de Vega, á la *Muerte de Jesús*, que han exhumado los periódicos.

Hélo aquí :

La tarde se oscurecía
 Entre la una y las dos,
 Que viendo que el sol se muere
 Se vistió de luto el sol.

Tinieblas cubren los aires,
 Las piedras de dos en dos
 Se rompen unas con otras,
 Y el pecho del hombre no.

Los ángeles de paz lloran
 Con tan amargo dolor,
 Que los cielos y la tierra
 Conocen que muere Dios

Cuando está Cristo en la cruz
 Diciendo al padre, « Señor
 ¿ Por qué me has desamparado ? »
 ¡ Ay, Dios, qué tierna razon !

¿ Qué sentiría su madre,
 Cuando tal palabra oyó,
 Viendo que su hijo dice
 Que Dios le desamparó ?

No lloreis, Virgen piadosa,
 Que aunque se va vuestro amor,
 Antes que pasen tres dias
 Volverá á verse con vos.

Pero ¿ cómo las entrañas
 Que nueve meses vivió,
 Verán que corta la muerte
 Fruto de tal bendición ?

¡ Ay, hijo ! la Virgen dice :
 ¿ Qué madre vió como yo
 Tantas espadas sangrientas
 Traspasar su corazon ?

¿ Dónde está vuestra hermosura ?
 ¿ Quién los ojos eclipsó
 Donde se miraba el cielo
 Como de su mismo autor ?

Partamos, dulce Jesús,
 El cáliz de esta pasion,
 Que vos le bebeis de sangre
 Y yo de pena y dolor.

¿ De qué me sirvió guardaros
 De aquel rey que os persiguió,
 Si al fin os quitan la vida
 Vuestros enemigos hoy ?

Esto diciendo la Virgen
 Cristo el espíritu dió :
 Alma, si no eres de piedra
 Llorá, pues la culpa soy.

A los dias de persistencia y oracion han seguido los de regocijo con las fiestas de Pascua de Resurreccion. Han empezado las corridas de toros y los teatros han abierto de nuevo sus puertas.

El Español ha dado á luz dos obras notables : el *Rienzi*, del infortunado Carlos Rubio y *Doña María Coronel*.

Respecto de la primera y de su autor, cedo la palabra á un distinguido crítico.

« Cuantos nos trataban á entrambos, dice Navarrete, maravillábanse de esta profunda y reciproca simpatía.

Parecía imposible encontrar dos seres mas desemejantes, ó por mejor decir, mas opuestos que nosotros. Cada uno tenia instintos, aficiones y tendencias de todo punto diferentes.

El era progresista, y yo conservador : él gustaba del retiro y del silencio ; yo del bullicio y de los placeres : al uno no le agradaba la sociedad ; el otro no podía pasarse sin ella.

Si en política éramos antípodas, en literatura tampoco estábamos de acuerdo : él propendia á la escuela romántica ; yo daba preferencia á los poetas clásicos : Rubio se deleitaba con las obras de Shakespeare, Byron y Victor Hugo, y aunque tributando grande admiracion á estos colosos del genio, yo optaba por Molière, Moratin y Breton. Él habia nacido poeta ; yo hombre práctico ; con temperamento distinto, con ideas antiestéticas, era imposible que hubiese nunca conformidad entre nosotros en el terreno de la política, de la filosofía, ni de la literatura.

Pero en cambio habia otro campo en que coincidíamos y nos encontrábamos conformes : el de la tolerancia, el del respeto á nuestras respectivas opiniones y creencias. Así, las discusiones no se convertian nunca en disputas, las controversias no traspasaban jamás los límites de una conversacion pacífica y sosegada.

A veces trascurrían dos ó tres años sin que nos viésemos, sin que nos encontráramos en ninguna parte.

Mas publicaba Carlos Rubio un libro, un folleto, un artículo notable, y apresurábame á hablar de él en el periódico, tributándole los elogios que siempre merecía cualquiera obra hija de su privilegiado talento, producto de su fácil pluma. Por el contrario, necesitaba yo de él para un asunto literario ó político, y corría en su busca con la seguridad de hallarle constantemente el mismo, ardiente, expresivo, servicial.

En ciertas ocasiones, en sus horas de tregua ó de reposo, venia á leerme sus últimos versos, alguna composición nueva, sobre la que queria oír mi humilde opinion, que yo daba con la propia sinceridad con que se me pedía.

Una tarde le vi entrar en mi cuarto mas animado y alegre que de costumbre.

— *Anch'io son pittore*, exclamó tirando sobre una mesa un abultado manuscrito que traía en la mano.

Despues que nos hubimos dirigido algunas palabras de reciproco interés, hé aquí cómo me explicó el objeto de su visita :

— Bien sabes que he hecho de todo un poco en esta miserable vida : he escrito, pues, en prosa y en verso, novelas y romances, revistas literarias y artículos políticos. He abordado todas las materias, he estudiado todas las escuelas, he cultivado todos los géneros ; lo único á que profesaba un terror profundo é instintivo era al teatro, objeto á la par de mis secretas ambiciones, de mis risueñas esperanzas.

Un triunfo escénico glorioso y brillante, ha sido eternamente mi sueño dorado. ¡ Si yo me viese aplaudido, festejado, aclamado por una multitud numerosa é inteligente ; si obtuviera una ovacion entusiasta y unánime, olvidaría por algunos momentos mis penas, mis males, y lo que es mas doloroso todavía, mis desengaños.

— Inténtalo, le dije, y lo conseguirás.
— *Eccolo!* repuso con cierta alegría impropia de su carácter melancólico.

Y me entregó el manuscrito que había arrojado sobre la mesa al entrar, y en cuya primera página se leía en abultados caracteres: *Nicolás Rienzi*.

— Voy á leerlo, prosiguió, si tienes paciencia para escucharlo; pero con una condicion.

— ¿Cuál?

— Bien sé que me darás tu opinion franca, explicita, razonada, sin consideraciones y sin ambages, sin nebulosidades y sin rodeos. Pero no me basta eso. Es menester que durante la lectura me interrumpas cuando algo te parezca malo, violento ó absurdo; en fin, que prescindas absolutamente de tu benevolencia hacia mí, y que seas severo, intolerante, hasta brutal si es menester.

Yo se lo prometí, creo que hasta se lo juré, y principié la lectura con tono grave y reposado, pero enérgico.

— Te advierto, dijo al comenzar la primera escena, que si el drama te parece malo, lo quemaré aquí mismo en tu presencia; que si lo juzgas susceptible de correccion, me dedicaré á hacerla inmediatamente; y si lo calificas de representable, lo llevaré en seguida á cualquier teatro. ¡Tengo tanta necesidad, tanta hambre de oírme aplaudir!

Rienzi no era entonces lo que ha visto recientemente el público madrileño: la inexperiencia del autor se revelaba en relaciones ó *tiradas* de versos demasiado extensas; el poeta lírico hacia olvidar con frecuencia al poeta dramático; la accion marchaba con lentitud, los incidentes se atropellaban. Pero en el fondo la obra era la misma y contenia las bellezas que ha admirado y aplaudido el auditorio « numeroso, inteligente y entusiasta » que soñaba Carlos Rubio.

Cuando hubo concluido la lectura, con frecuencia interrumpida, segun deseaba, por mis observaciones:

— ¿Qué te parece? me preguntó.

— Que hagas inmediatamente las correcciones y supresiones indicadas, y que te apresures á llevarlo á un teatro.

— ¿Lo ejecutarán? repuso con desaliento y temor.

— De seguro: cualquiera empresa acogerá con afan una obra de mérito tan relevante.

— ¡Ay! ¡es muy mala mi estrella! exclamó con amargura.

— ¡Ahora será mejor!

— Con que me predices....

— El triunfo brillante que ambicionas. Como las brujas á *Macbeth*, te digo tambien yo: « Serás rey; » pero no te alarmes, rey de la escena solamente.

Al oírme, su mirada, siempre triste, se tornó viva, ardiente, centellante.

— ¡Gracias! me dijo estrechando mis manos entre las suyas. ¡Gracias! repitió como si fuera á deberme el triunfo. Y se marchó con paso rápido.

Desde entonces no le volví á ver hasta la tarde del mes de junio último, en que acompañé piadosamente su cuerpo inanimado hasta la mansion postrera.

Tenia razon Rubio; ¡fatal era su estrella! ¡No pudo siquiera presenciar el triunfo brillante con que soñaba! ¡No pudo oír los aplausos con que fué acogida su primera composicion en la escena! ¡Los laureles que un público entusiasta y justo le ha otorgado, no han ceñido sus sienes: han coronado su tumba! ¡Cómo hubiera gozado aquella alma generosa, juvenil, á pesar de la decrepitud del cuerpo! ¡Cómo hubiera gozado al alcanzar el fin constante de sus aspiraciones y de sus deseos! ¡Cómo hubieran corrido sus lágrimas de alegría, él, que tantas derramó de dolor, al contemplarse objeto de tamañas ovaciones!

Estilo levantado, lenguaje castizo, grandes situaciones, hé ahí las principales dotes de *Nicolás Rienzi*. La accion no es muy nueva ni muy complicada, pero interesa y conmueve al espectador; los incidentes no son numerosos ni inesperados, mas las figuras están pintadas con gran vigor y energía. *Rienzi* conserva el carácter que le atribuye la historia, y muere como César, con dignidad y sin terror.

Ceco, el fanático é implacable anciano, simboliza la fatalidad y la venganza, los dos poderosos elementos de la musa trágica. Rugiero atrae todas las simpatías por su generosidad, por su hidalguía y por su nobleza.

En fin, Leonor, á la cual se le habia dado mas importancia y mas relieve en el drama primitivo, aparece, sin embargo, como un tipo casi divino de ternura y de resignacion.

Si hubiera podido procurarme un ejemplar de la obra, habria avalorado el presente artículo, copiando algunos trozos de su espléndida y galana versificación, que es el rico manto de púrpura que la envuelve y la rodea.

El drama *Doña María Coronel*, de Retes y Echevarría, es admirable por su asunto y por su forma.

Mis lectores saben sin duda que esta mujer, requerida por el rey Don Pedro de Castilla, prefirió el martirio al amor del monarca.

Semejante figura debia interesar, y ha interesado en la escena. La versificación es deslumbradora.

Los autores han sacado del asunto gran partido, y el público ha aplaudido con verdadero entusiasmo.

En la Zarzuela empezará pasado mañana á funcionar una compañía de ópera.

En el Circo de Paul hay una compañía bufa que representa con éxito una revista de circunstancias titulada: *¡Esto se va!*

Uno de los personajes mas célebres de la revolucion, el brigadier Topete, ha perdido una hija de veinte años, en quien adoraba.

El mismo dia se daba sepultura al insigne literato don Eugenio de Ochoa, á quien los lectores del *Correo* conocen por sus estimables obras.

La prensa le ha rendido señalado tributo.

«Difícilmente habrá persona mas estimada ni muerta mas sentida que la suya, dice un escritor en su necrologia.

Don Eugenio de Ochoa era, como suele decirse en Castilla, una de esas personas que tienen *ángel* y poseen el don inapreciable de hacerse estimar de todo el que por primera vez las trata.

Su nombre es harto conocido en España y en el extranjero. Guipuzcoano, natural de la villa de Lezo, vió la primera luz el 19 de abril de 1815. Hizo sus primeros estudios en el colegio de San Mateo, bajo la direccion de Hermosilla y de Lista, aquellos dos hombres eminentes que tan notables discípulos sacaron y cuyas obras se conservan hoy como monumento sagrado en todas las bibliotecas de los amantes de las bellas letras.

No se equivocaba don Alberto Lista al sentir una especial predileccion por su jóven alumno. Diferentes veces le auguró futuros triunfos, y que estos no se hicieron esperar mucho tiempo, lo prueba la prontitud con que Ochoa llegó á ocupar los mas elevados puestos á que puede aspirar un hombre de letras.

Por los años de 30 á 32 marchó á Paris, asistiendo como alumno á las cátedras de la Escuela de artes y oficios. Comenzaba entonces en Francia aquella época de romanticismo exagerado que produjo las mejores obras de Victor Hugo y sus inmediatos partidarios.

Era tan fácil seguir aquella escuela á toda naturaleza impresionable, que no parecerá extraño el entusiasmo con que la mayor parte de los literatos españoles residentes en Paris á la sazón, rindieron culto á la pasion dominante de aquella época exclusivamente literaria. Aquella fué la época que inspiró á tantos españoles ilustres obras que no han muerto aun, ni morirán nunca en la memoria de los amantes de nuestra literatura, y que asentó la base de un renacimiento para las letras españolas.

Cuando Ochoa volvió á España, despues de dos años de residencia en la capital de Francia, no tardó en demostrar entre sus compatriotas lo bien que habia sabido aprovechar el tiempo en el estudio de la nueva escuela á que se sintió impresionado por temperamento y por instinto. Fundó *el Artista* en colaboracion con don Federico Madrazo, honra y prez de nuestros pintores, que mas tarde fué su hermano político.

La misma noche en que se verificaba la boda de Ochoa, se estrenaba su drama *Incertidumbre y Amor*, una de sus primeras obras dramáticas y acaso la que mas éxito obtuvo. En la imposibilidad de acudir á un tiempo á su boda y á su estreno, Ochoa comisionó á dos muy queridos amigos suyos para que asistieran y vinieran á contarle lo sucedido en el teatro. Eran estos amigos don Ventura de la Vega y don José Espronceda, y cuando todavia duraba la fiesta con que solemnizaban Ochoas y Madrazos la boda, Espronceda y Vega llegaron contentos y satisfechos á dar al novio la feliz noticia de haberse aplaudido extraordinariamente la obra. Julian Romea y Matilde Diez, solteros aun por aquel entonces, habian hecho los dos principales papeles en el drama, y en aquella misma noche fué remitida por conducto de aquellos dos inmortales poetas la dedicatoria que Ochoa les hizo entre la algazara y ruido de la fiesta. ¡Cuántas cosas han sucedido desde entonces! exclamaba Ochoa siempre que tal suceso nos referia. Y en efecto, la mayor parte de las personas que en aquella célebre noche para Ochoa, contribuyeron á su gloria, han desaparecido para siempre.

Ya casado, y con un amor entrañable al trabajo, pudo dedicarse en la dichosa tranquilidad de su casa á tareas literarias mas importantes de las que hasta entonces le ocuparon.

Uno de sus trabajos mas notables fué la traducción que hizo en verso castellano del *Hernani* de Victor Hugo. Las simpatías de Ochoa hacia este autor han sido muy grandes hasta los últimos momentos de su vida. Desde el año 34, en que publicó la primera y excelente traducción de *Nuestra Señora de Paris*, hasta poco antes de morir, en que todavia le recreaba su lectura, Ochoa no cesaba de rendir culto al talento imaginativo de Victor Hugo. Federico Soulié, Jorge Sand, Alejandro Dumas, lo mas notable de la literatura francesa encontró en él un fiel intérprete durante aquellos primeros años de su matrimonio. Grande éxito obtuvo por aquella misma época una novela que dió á luz con el título de *el Auto de fe*. Su talento era muy general, y así lograba los aplausos del público en el teatro, como la aprobacion pública en la novela.

El mismo articulista añade las siguientes líneas:

«De mucho tiempo á esta parte, Ochoa, ajeno á las luchas políticas de los partidos, y entregado á sus trabajos literarios y al amor de su familia, vivia estimado de todos en aquella alegre casa de la calle de Cedaceros, á donde ha asistido en los últimos inviernos lo mas distinguido de la sociedad madrileña, admirando la envidiable union de la familia de que era jefe y el indescriptible carino de Ochoa hacia todo lo que era familia en derredor suyo.

» Artista por naturaleza, no perdonaba medio de

reunir á su mesa á cuantas notabilidades han visitado la córte de España. En los salones de su casa se han recitado las mejores doloras de Campoamor, los mas entonados versos de Gilroy; allí hemos escuchado á la inolvidable Teresa Carreño y escuchado la siempre amena conversacion de Alejandro Dumas en su último viaje á España. El té que todas las noches del año servian sus interesantes hijas á una docena de amigos íntimos, era una reunion de mas atractivos que un gran baile, porque allí habia siempre conversacion amena é instructiva, noticias literarias, *esprit et bonne compagnie*. La vasta instruccion de aquellas señoritas, admirablemente educadas, y la asiduidad de los tertulianos, habian hecho de aquella casa el punto de reunion de una sociedad escogida, y en el seno de la cual siempre se aprendia algo útil.»

Ha sido, pues, una sensible pérdida para las letras, para la familia y para la amistad la del señor Ochoa.

La última obra del inolvidable y malogrado literato es una coleccion de poesias escogidas entre las que en diferentes épocas de su existencia han dedicado á la ex-reina Doña María Cristina los principales poetas españoles.

El señor Ochoa las buscó y reunió, formando un precioso ramillete, en que figuran las inspiraciones de hombres tan ilustres como Quintana, Arriaza, Gallegos, Lista, el duque de Frias, Arrazola, Breton de los Herreros, Puente y Apecechea, Carnerero, Larra, Ventura de la Vega, Duran (don Agustin), marqués de Molins, Pacheco, Tapia (don Eugenio), Espronceda, Gil y Zárate, Julian Romea, Olivan, Madrazo, conde de Cheste, Pastor Diaz, duque de Rivas, Romero Larrañaga, Patricio de la Escosura, Enrique Gil, Lopez Pelegrin, Campoamor, Aribau, Arolas, Sabater, Burgos (don Javier), Ribot y otros menos importantes.

El libro del señor Ochoa ofrece grande y poderoso interés, no solo por el mérito de las composiciones que encierra, sino porque es la crónica en verso de un largo periodo histórico.

Cada una de ellas conmemora y celebra algun importante suceso de los ocurridos de ochenta años á esta parte.

En el capítulo de las letras quiero daros á conocer algunos fragmentos de un notabilísimo artículo que acerca de la Hacienda en tiempo de nuestros abuelos ha publicado Modesto Fernandez y Gonzalez.

En él demuestra que tambien nuestros antepasados tenian apuros, y que los nuestros proceden de los suyos.

Figura un diálogo con un doctor, y en tono semi-serio dice cosas muy nuevas, á pesar de ser muy viejas.

Tomando la cuestion en tiempo de Felipe II, dice:

«La situacion del Tesoro era gravísima. Lo prueba el hecho de que Felipe II mandó pagar cuatrocientos reales y la contaduria mayor contestó que no los habia, y el mismo monarca se quejaba «de no ver un dia lo que tengo de vivir en otro.»

— Pero qué importan ese déficit y esos apuros del Tesoro, en comparacion con la gloria de San Quintin y la basilica del Escorial? decia el venerable anciano.

— Efectivamente; pero como se habla del déficit, preciso es consignar los hechos.

— Y en los reinados siguientes, ¿cuál era la situacion del Tesoro?

— ¡Ah! En los reinados siguientes, el mismo si no mayor desnivel entre los gastos y los ingresos. Felipe III encontró empeñadas las rentas, quedando libres para los gastos nacionales la tercera parte, y con solos tres millones de ducados tenia que sostenerse el ejército, la armada y la casa real, porque el resto hasta diez millones lo consumia el pago de la deuda contraida por Carlos V y Felipe II. Hubo necesidad de incautarse á título de empréstito forzoso de mas de cien millones que venian de América consignados á particulares. Por eso decia Felipe III en las Cortes que su patrimonio estaba agotado y solo heredara el nombre de rey con las cargas y obligaciones de tan elevada dignidad. Con cuánta razon lo afirmaba este principe, lo prueba el hecho de no haber en la botica de la casa real los medicamentos necesarios en palacio.

— Si, pero el nombre español era respetado y temido por el arrojado de nuestros tercios, y la gloria de nuestras armas brillaba como nunca.

— Pero esto no obsta, doctor, para que en tiempo de Felipe III y dentro del país estuviese exhausto el Tesoro, que contrastaba con el lujo de los cortesanos y el boato de la córte. Felipe IV, su sucesor, contra el deseo de los procuradores, que pedian á grito herido economías, no hizo otra cosa que establecer nuevos arbitrios, fomentar los certámenes literarios, asistir á las reuniones públicas, amenguar la autoridad del Consejo de Estado con la influencia de los validos, y disponer que el ministro de la primera secretaria, don Andrés de Rozas, asistiese á la Junta Real en *pié*, llevando en la mano *tinterillo y papel*, y mientras tanto, se desangraba el Tesoro español en guerras exteriores y en luchas intestinas y se enflaquecía y debilitaba con la emancipacion de Portugal, la monarquía prepotente de Carlos V y de Felipe II. En tiempo de Felipe V, los ingresos eran inferiores á los gastos en 272 millones, y la deuda alcanzaba á 1,098.

— Pero usted olvida, mi buen amigo, que Felipe V equipó y organizó el ejército, fomentó la marina, presentando una gran escuadra, y esto produjo gastos de consideracion.

— Verdad es, doctor, pero tambien duplicaron los ingresos. De todas suertes, redujo el déficit en los últimos años á 125 millones, merced á los córtes de cuenta y á las rebajas en los réditos de la deuda.

— No lo dudo, añadía el noble anciano, aunque es digno de aplauso un monarca que regulariza la máquina administrativa y abre ancho campo á las ciencias, á las artes y á las letras. ¿Y qué me dice usted de Fernando VI?

— Que firmó una paz con honra, buscó y encontró ministros de gran valía, rebajando los gastos de palacio é impidiendo el fausto y magnificencia de la córte. Es mas; ha sido amante de los hombres de esclarecido ingenio, muy afecto á la marina, admirador de las letras, generoso patron del Jardin Botánico y del Observatorio astronómico de Madrid, sin olvidar por eso los tributos onerosos á los pueblos. Bien merece aquel monarca el sincero elogio de un historiador constitucional, el señor Toledano, y la inscripción que tiene su sepulcro: «Aquí yace el rey de las Españas Fernando VI, óptimo príncipe, murió sin hijos, pero con una numerosa prole de virtudes patrias.» Un solo defecto encuentro en este reinado, bajo el punto de vista económico, y es que algunos ministros hiciesen declarar al soberano nulas las deudas contraídas legítimamente.

— Me agrada que haga usted justicia á tan egregio príncipe. La juventud debe mirar con ojos de bondad á los humildes y á los poderosos. Pero si encuentra usted utilísimo el reinado de Fernando VI, ¿qué le parecerá el de Carlos III?

— Carlos III, en los primeros años, dió grande impulso á las obras públicas, á la agricultura, á la beneficencia, á la industria, así como á las artes, á las ciencias y al comercio; fortificó algunas plazas, regularizó los correos semanales, llevó á cabo el censo de la población, las tarifas de aduanas, el libre tráfico con las colonias, la entrada de granos al país, y buscaba en la contribucion única la base de mayores rendimientos. Los gastos fueron muchos, así es que tuvo que acudir al recurso de siempre, los donativos, los préstamos y las emisiones. El déficit del último año de su reinado era de 61 millones, porque los ingresos se fueron acercando á los gastos presupuestos. Pero en tiempo de Carlos IV el desnivel ha sido extraordinario, pues en un solo año llegó á 1,200 millones, en otro á 800, y por término medio á 720.

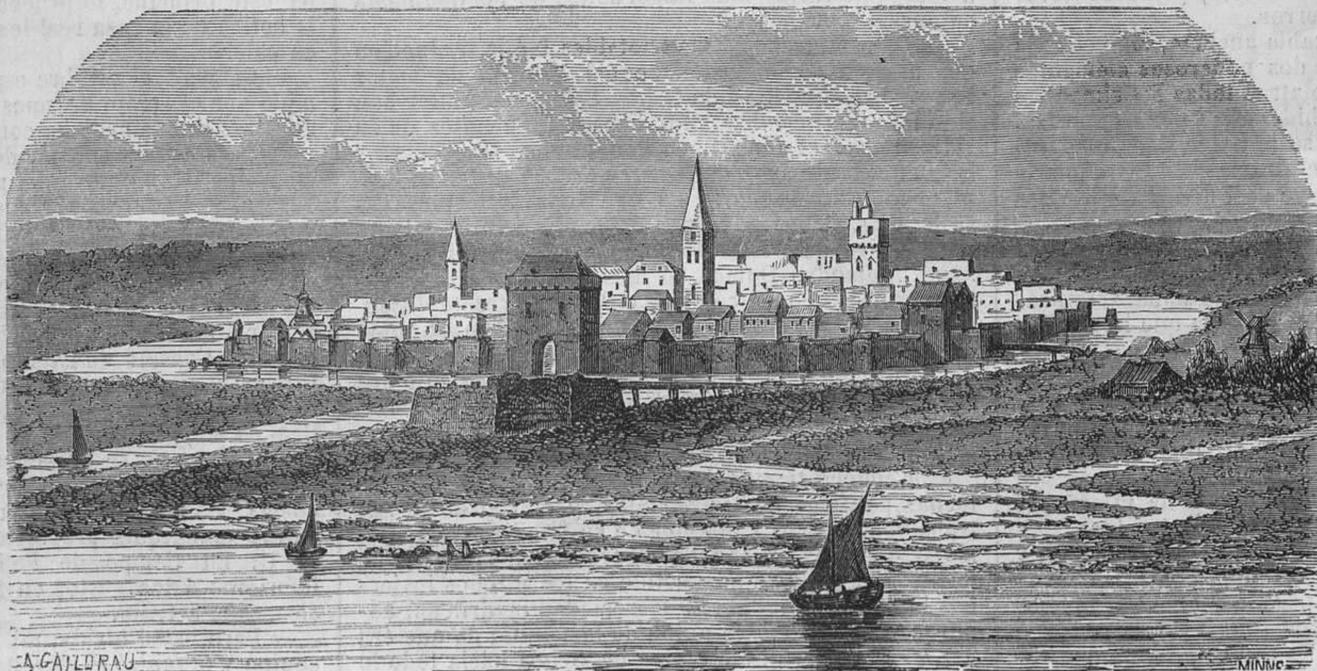
— Es que las guerras aumentaron considerablemente los gastos públicos.

— No lo dudo, como tampoco que en tiempo de Carlos IV se fundó el colegio de medicina y se pusieron trabas á la amortizacion civil y eclesiástica; pero por eso no es menos evidente la exactitud de mis datos, que son los datos oficiales que están á disposicion del público en archivos y bibliotecas. En tiempo de Fernando VII, la junta de presupuestos presentó al ministro de Hacienda don Luis Lopez Ballesteros, 10 de enero de 1828, la situacion angustiosa del Tesoro, nacida del *asombroso exceso* (palabras textuales) que habia en el importe de las obligaciones comparado con el de sus rentas.

Resulta de los documentos oficiales, que el déficit, por término medio, llegó en el reinado de Carlos V á 62 millones; en el de Felipe II, á 75; Felipe V, 272; Fernando VI, 18; Carlos III, 61; Carlos IV, 720, y Fernando VII, en el último año, sin haber pagado los intereses de deudas anteriores y en descubierto obligaciones sagradas, 44. Es decir que el déficit ha seguido constantemente con cortés de



HOLANDA. — Monumento conmemorativo de la toma de la Brielle; Ninfa con la bandera de la Independencia.



La ciudad y el puerto de la Brielle en 1872.

cuentas ó sin ellos, con rebajas de intereses ó sin rebajas, en cantidad mayor ó menor, al presupuesto de la España absolutista.»

Sobre esto habria mucho que hablar, y yo no estoy conforme; pero hago justicia al talento del escritor, y me convido mas y mas de que las malas causas en poder de buen abogado pueden fascinar al juez.

La casa editorial de Manini va á publicar tomos como los de Levy y Hachette, de Paris.

El primero que ha dado á luz es de Fernandez y Gonzalez, y se titula *la Candela de San Jaime*.

Es interesantísimo, y os recomiendo su lectura.

Unas cuantas anécdotas históricas, y concluyo.

Los que se fian de los criados deben tener presente lo acontecido en casa de una señora viuda respetable. — Habia esta recibido con buenos informes una de esas criadas que se llaman «para todo», aunque en realidad no sirven para nada, y en cambio de su falta de habilidad, empezó á notar la desaparicion de varios objetos de su uso, ropas, alhajas y hasta algun pequeño mueble. No cabiéndole duda de la autoría de tales sustracciones, la interpelló y amenazó enérgicamente en presencia de su hijo, mancebo de veinte años.

La culpable gritó, negó, lloró y se fué á preparar la comida. Momentos despues era acometida de un accidente tan grave, que obligó á la señora á llamar al punto á un médico y un sacerdote, pues la enferma pedía este con afán.

El primero se ocupó de la salud del cuerpo; el otro de la del alma, porque segun el facultativo, su vida se hallaba en el mayor peligro. Terminada la confesion, el venerable sacerdote solicitó hablar á la dueña de la casa.

— Señora, la dijo, á pesar del sigilo que me impone el alto ministerio que desempeño, mi conciencia me obliga á advertir á Vd. que no coman ninguno de los manjares preparados.

Es inútil llevar mas adelante la narracion, ni exponer las tristes reflexiones que inspira. Solo añadiré que la criminal sirvienta murió aquella misma tarde con manifiestas señales de sincero arrepentimiento.

Este es el drama: oid ahora la comedia, y luego os serviré el sainte.

En la alta sociedad se ha extendido bastante la costumbre francesa de quedarse en casa las señoras un dia á la semana para recibir la visita de sus amigos y conocidos.

Un caballero, notable por su genio atrabiliario y grñon, se presentó no ha mucho en cierto palacio donde durante el invierno se ha bailado mas de una vez.

El portero salió á su encuentro y le dijo con la mas insinuante de las sonrisas y con el tono mas respetuoso:

— La señora no recibe sino los miércoles.

Semejantes maneras dignas y afables no tuvieron la virtud de suavizar el carácter irascible del recién llegado, que entregando al Argos una tarjeta, exclamó:

— Pues entréguele Vd. esta tarjeta, y dígala que yo no visito sino los martes.

Hé aquí el sainete:

— Pepito, regáleme Vd. su retrato.

— Con toda mi alma, y hasta el original, si usted gusta, Laurita.

— No, gracias, con el retrato me conformo.

— Llega el retrato.

— Oiga Vd., — dice al portero Laurita; — cuelgue usted *eso* en su cuarto, y cuando se presente el original, dígame siempre que hemos salido.

JULIO NOMBELA.
Madrid 31 de marzo de 1872.

LAS

Fiestas nacionales de Holanda.

Op den eersten April
Verloor Alba zyn Bril.

« El primero de abril perdió Alba su antejo. » Diremos desde luego que la Brielle significa antejo, para que se comprenda el interés nacional que tienen esos dos versos. Con efecto, el 1º de abril de 1572 los holandeses recobraron la Brielle que estaba en poder del duque de Alba, y aunque este triunfo no fué mas que el primer paso hácia la independéncia, tuvo tal eco en el país, que consideran la fecha en que ocurrió como la de la emancipación nacional.

El aniversario de 1872 tres veces secular, debía pues celebrarse con una pompa inusitada: por todas partes, lo mismo en las grandes ciudades que en las mas ínfimas aldeas, se preparaban hacia algun tiempo, habiéndose formado comités especiales para recoger suscripciones sin ningun concurso del gobierno.

Sin embargo, la fiesta no ha tenido la unanimidad que pareció debía tener en toda la Holanda: el clero ha protestado contra la celebracion de semejante aniversario, que implicaba también el triunfo de la libertad de la conciencia.

Como hemos dicho, la fiesta se celebraba en toda Holanda, en Amsterdam, la Haya, Rotterdam, Utrech, Leenward, Deventer, etc.; nuestro corresponsal que no podia visitar tantos lugares, pensó que el verdadero centro sería la Brielle, y de allí nos ha enviado los dibujos y los apuntes que publicamos en este número.

Salvo las casas de los ultramontanos, enemigos de la fiesta, toda la población estaba adornada con banderas y los habitantes llevaban escarapelas con los colores nacionales, mas ó menos cargados del matiz anaranjado. La animación era extraordinaria; y á la verdad, el forastero que se hubiera encontrado aquel día solemne en Holanda no habría comprendido esa fama de calma impasible de que disfrutaban los holandeses.



Guillermo I de Holanda, copia del cuadro de Mirevelt.

En la mayor parte de las poblaciones habían organizado grandes cabalgatas históricas, excelente idea un día de fiesta nacional, pues así el pueblo ve desfilar la historia de su país bajo una forma, en cierto modo, palpable.

En el cortejo de Rotterdam figuraban 3,700 personas, con toda clase de trajes. Desfilaban los bátavos á pié y á caballo, cubiertos con pellejos de carnero, con la maza y la pica, galo-romanos, caballeros de la edad media, Erasmo, leyendo en su coche como en la plaza del Mercado, con dos bufones delante haciendo piruetas; luego el Taciturno con toda su familia; una cantidad de mendigos con dos tambores auténticos, que pertenecieron á los famosos confederados del siglo XVI; luego Guillermo III, rey de Inglaterra, en un magnífico coche de aparato que le había enviado el burgomaestre de Bruselas, obra del siglo XVII con

mas dorados que muelles; carros alegóricos: Gambrino, dios de la cerveza, con todos sus atributos y tributarios; la libertad de la prensa que funcionaba andando; el comercio, conducido por Mercurio, chinos, persas y javaneses en medio de infinitos fardos; luego el famoso buque que desembarcó en la Brielle cargado de mendigos; un antejo (no podía faltar) llevado ceremoniosamente; y el rey y la reina (de yeso), que marchaban con mucha pompa en medio de flores...

Es imposible recordarlo todo.

A todo esto resonaban los hurras, los bufones de Erasmo hacían mil locuras, la prensa ambulante arrojaba papeles impresos, los bátavos asustaban á los chicos, las calles llenas de gente, los balcones y las ventanas atestados.

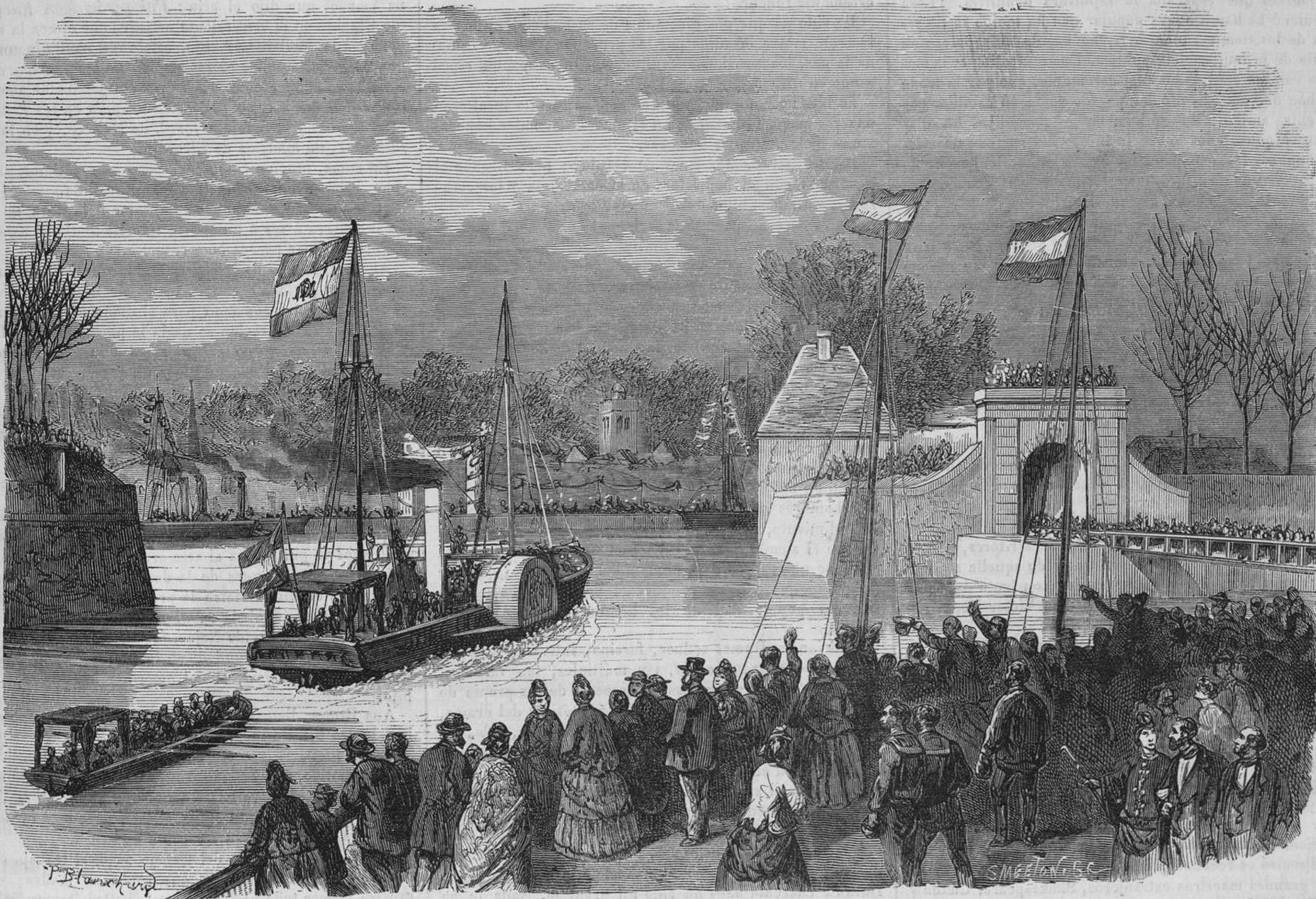
Con algunas variantes, el espectáculo era el mismo en todas partes. En cuanto á iluminaciones y fuegos artificiales, Amsterdam ha debido llevarse la palma. Se ha distinguido principalmente una góndola que atravesaba los principales canales, iluminada con luces de Bengala y llena de jóvenes vestidos con mucho gusto.

El rey y su hijo menor llegaron á la Brielle por la mañana para poner la primera piedra de los dos monumentos conmemorativos, una ninfa de la libertad y un asilo para los marinos ancianos que están destinados á perpetuar el recuerdo de este aniversario. Damos el dibujo de la ninfa, debido al cincel del profesor Koelman.

El viaje fué para el rey una série de ovaciones. Los que se imaginaron que el *orangismo* ha concluido en Holanda, están en un error: jamás ha sido mas ardiente. En el fondo la veneración que profesan al rey, se dirige al representante actual de esa casa de Orange que ha tenido el insigne honor de verse mezclada en el renacimiento inesperado, digámoslo así, del país.

Por lo demás, el rey se ha conciliado á los mas indiferentes por su cordial simpatía y por las palabras que pronunció en el acto de la colocación de las primeras piedras:

« Señores, exclamó descubriéndose; en semejante día no se trata ni de mi persona ni de mi familia. Todos nosotros no debemos tener mas que un pensamiento de reconocimiento y que un grito: ¡Viva la patria! »



FIESTAS DE LA BRIELLE. — Llegada de S. M. el rey Guillermo III.

Fácil es comprender el entusiasmo con que le aclamaron.

También hubo en la Brielle un cortejo histórico lleno de recuerdos locales; y en el cual se distinguió un coche con jóvenes beldades, simbolizando las diversas esferas de la actividad nacional y haciendo una ovación ambulante al busto del Taciturno que iba con ellas cargado de guirnaldas.

En el banquete de rigor en todas estas fiestas, el rey brindó repetidas veces, una por el pueblo belga representado allí por varias diputaciones. Además de las comisiones belgas y de las que habían delegado las demás ciudades holandesas, además de varios ministros y altos personajes, se hallaba á la mesa del rey el ilustre historiador de los Países Bajos, el autor de la magnífica obra titulada: *The Rise of the Dutch Republic*, uno de los libros que mejor demuestran la importancia europea de la revolución neerlandesa del siglo XVI.

Los periódicos han hablado de tumultos en varias partes con motivo de la manifestación nacional; y aunque se han exagerado, no es menos cierto que ha habido casos de oposición en las provincias del Sur, en Brabante y en Limburgo; en Nimega insultaron á los que llevaban insignias orangistas, y en Bois-le-Duc arrojaron lodo al busto del Taciturno.

Lo más grave que hay que mencionar es la violación de la frontera neerlandesa por una porción de ultramontanos alemanes procedentes de Emmerich, ciudad prusiana situada enfrente de Cleves, que invadieron el pueblo holandés de Heerenberg para impedir la celebración de la fiesta nacional. No se derramó sangre; pero lo cierto es que hubo una violación del derecho de gentes que ha causado indignación en Holanda, y es de esperar que el gobierno prusiano procederá á una información minuciosa y castigará como es debido á los invasores.

H. V.

Revista de Paris.

Las notabilidades literarias y artísticas de Paris han hecho esta semana una excursión fúnebre, con el fin de asistir al entierro de Alejandro Dumas, en Villers-Cotterets. Dumas falleció el 5 de diciembre de 1870, en Puys, cerca de Dieppe, en casa de su hijo, y hace por lo tanto diez y seis meses que esperaba la sepultura definitiva. ¡Cosa singular! El hombre más popular que ha tenido la literatura de los tiempos modernos, ha bajado al sepulcro en medio de la indiferencia pública. Un tren salió por la mañana con los convidados á la ceremonia, que por la tarde estaban de vuelta. Todo ha pasado como en familia, como entre amigos. Hoy se leen en los periódicos los discursos pronunciados sobre la tumba del fecundo novelista, y apenas les acompaña un retazo de noticia necrológica, con una aridez que corresponde perfectamente al sentimiento dominante, que es el olvido.

Nuestro colaborador, que figuraba en el número de los acompañantes, dará cuenta á nuestros lectores de la triste ceremonia; pero entre tanto séanos permitido señalar aquí las demostraciones de afectuosa admiración, que, como un postrer homenaje, han tributado al célebre novelista algunas voces amigas.

En este limitado concierto de alabanzas debe ocupar el primer lugar el discurso de M. E. Gonzales, que ha sabido trazar brillantemente el cuadro de los triunfos alcanzados por Dumas, cuyas obras tanto han influido en la literatura contemporánea.

Nada nuevo nos dice, es verdad, nada que no sepamos; pero los hechos aparecen tan bien agrupados en su discurso, que á primera vista se descubre en él la historia entera del afamado escritor, leído y admirado en todo el universo.

El representante de la Sociedad de escritores, á cuyo nombre hablaba, comienza por tratar de aquella revolución contra el clasicismo, emprendida con tanto éxito por los tres hombres célebres que se llaman Victor Hugo, Alfredo de Vigny y Alejandro Dumas.

Sus primeros pasos, sin embargo, fueron difíciles.

Con el mismo encarnizamiento se ensañaba la crítica en sus novelas que en sus producciones teatrales: carecía de forma y de estilo. Mas hé aquí que de repente sale á luz la sorprendente epopeya de *los Tres Mosqueteros*, obra llamada á una popularidad que pocas han tenido en la novela contemporánea.

Aquí fué preciso sucumbir, esto es, fué preciso admirar, y Dumas se creó su verdadero puesto en la literatura.

Dejemos aquí la palabra al autor del discurso:

« Preciso es reconocer que, no obstante su admiración á los grandes maestros extranjeros, Shakespeare, Gæthe y Schiller, Alejandro Dumas fué siempre un escritor francés que no repudiaba el estilo de Lesage y de Voltaire; y

gracias á este salvo-conducto de nacionalidad, su éxito fué universal como nuestra lengua.

» Quizás no trabajaba una escena con la violenta energía de Soulié, ni trazaba un carácter con el relieve de observación de Eugenio Sue, ó el minucioso análisis de Balzac; pero mejor que ninguno sabía contar con un interés creciente, con una destreza y claridad accesible á todos. Así es que reclutaba sus lectores hasta en los apasionados por sus rivales. Las novelas de Dumas son pinturas al fresco, en donde brillan, en medio de las peripecias del drama, escenas cómicas dignas de Molière, de Lesage y Scarron; pero rara vez su personalidad se ausenta. Si creó un Artañan á su imagen, no por eso dejó de dibujar por el mismo modelo el conde de Monte-Cristo. Al héroe de la palabra gascona sucedió el hombre de talento y de imaginación insaciable, en busca del millon, ese becerro de oro de nuestra época. El novelista pródigo, esclavo del trabajo, olvidaba que su verdadero saco de oro, su mina, su tesoro, era su inagotable cerebro.

» La novela de *Monte-Cristo*, de éxito tan ruidoso, fué el apogeo de los triunfos y del talento del escritor que todos deploramos. Ese extraordinario panorama en donde aparecen tantos tipos y caracteres, tantas escenas conmovedoras, tantas combinaciones, producto del ingenio, habría bastado para dar fama á un novelista. Semejantes libros inspiran forzosamente el interés hasta la última línea y dejan un recuerdo eterno. Es un cuadro completo de la vida moderna, con sus ambiciones y sus locuras, sus apetitos y sus crímenes; pero esa visión no deja ideas nocivas: una vez roto el frasco, el perfume que se evapora vivifica, no envenena.

» Alejandro Dumas ha tenido la suerte de que su nombre haya servido de bandera á dos glorias. Es muy raro que el hijo de un hombre tan famoso pueda llegar á la celebridad paterna que pesa sobre él como una terrible carga, viéndose condenado á asfixiarse bajo ese fanal de oro. Esta vez la excepción es brillante: Dumas se sobrevive, como los reyes de derecho divino, en su hijo que ha sabido imponerse á su vez como un maestro en el teatro y en la novela, creándose una nueva vía de observación filosófica implacable.»

El discurso concluye manifestando el deseo de Paris, que habría querido poseer los restos mortales del genio esencialmente parisiense; pero habrá de contentarse con su estatua, pues el pueblo de Villers-Cotterets que le vió nacer, será el lugar de su descanso eterno.

El eminente hijo del ilustre escritor entró particularmente en pormenores sobre este punto.

¿Por qué ha tardado diez y ocho meses en disponer la ceremonia fúnebre?

Ha sido porque dos días antes de su muerte, el departamento estaba invadido por los prusianos; y luego firmada la paz, los prusianos continuaron la ocupación esperando su dinero.

Su hijo no había querido que con su escolta insultaran una vez más á la Francia, en el acto de tributar honores á uno de sus grandes hombres.

Por fin partieron á fines de octubre; pero llegaba el invierno y con él la tristeza en la naturaleza y los corazones, y Dumas, hijo, quiso esperar la primavera.

Bajo este concepto fijó la fecha del 16 de abril que, fué efectivamente, un hermoso día.

Hablemos ahora de Victor Hugo, que rinde un magnífico testimonio al genio de Alejandro Dumas.

El gran poeta escribe, porque detenido en Paris cerca de un niño enfermo, no puede asistir á la ceremonia.

Sin embargo, hé aquí lo que habría dicho, si hubiera asistido:

« Ninguna popularidad en este siglo ha sido superior á la de Dumas, no hay triunfos que puedan compararse con los suyos. El nombre de Alejandro Dumas es más que francés, es europeo, es más que europeo, es universal. Su teatro pertenece á todo el mundo, sus novelas se han traducido en todos los idiomas. Alejandro Dumas es uno de esos hombres que siembran civilización, que mejoran el entendimiento, que fecundizan las almas y los cerebros. Lo que él siembra es la idea francesa, y la idea francesa contiene una cantidad de humanidad tan grande, que por do quiera que penetra produce el progreso. De aquí la inmensa popularidad de los hombres como Alejandro Dumas.

» Alejandro Dumas seduce, fascina, interesa, divierte, enseña. De todas sus obras, tan múltiples, tan variadas, tan vivas y encantadoras, sale la especie de luz propia de la Francia. Todas las emociones más patéticas del drama, todas las ironías y profundidades de la comedia, todos los análisis de la novela, todas las intuiciones de la historia se encuentran en la obra sorprendente construida por ese brillante y ágil arquitecto. No hay tinieblas en esa obra, ni misterio, ni subterráneo, ni enigma, ni vértigo: nada del Dante, todo de Voltaire y de Molière, por todas partes, la luz, el pleno mediodía, la penetración de la claridad. Sus cualidades son de toda índole, é innumerables. Durante cuarenta años ha sido un prodigio. Nada le ha faltado, ni el combate que es el deber, ni la victoria que es el premio.»

Victor Hugo concluye diciendo que no había visto á Alejandro Dumas desde el año 1857, en que fué á visitarle en Guernesey, y allí se dieron cita en el porvenir y en la patria.

En 1870, Victor Hugo volvió á Paris; pero justamente en aquel instante salía Alejandro Dumas.

Después sobrevino el sitio, y en diciembre, la muerte de Dumas.

Victor Hugo promete su visita solitaria á su humilde sepultura en Villers-Cotterets: la que él recibió en su destierro se la devolverá sobre la tumba.

No podemos alargar más esta relación haciéndonos cargo de los discursos pronunciados por M. F. Dugué, á nombre de la Sociedad de autores dramáticos; por M. Perrin, á nombre del teatro Francés y por M. Potier, á nombre de los habitantes de Villers-Cotterets: bástenos decir que todos ellos respiran el mismo sentimiento de admiración por el fecundo é inolvidable escritor que ha dado tanto lustre á la novela de la Francia contemporánea y que deja tan gran vacío en el mundo de las letras.

Triste es en verdad el período de la época en que vivimos. Los hombres que dieron tanto brillo á las letras y á las artes de esta nación, produciendo de rechazo el mismo renacimiento en otros países, bajan al sepulcro ó enmudecen.

Sus intérpretes les siguen.

¿Qué de artistas eminentes que se dieron á conocer en los grandes tiempos de Victor Hugo y de Dumas, han desaparecido!

Los pocos que aun quedan de la notable pléyada se van retirando uno tras otro de la vida activa.

En la última semana el teatro Francés nos ha ofrecido una de esas lamentables solemnidades.

Era la función de despedida del actor Regnier que, á pesar de las instancias de sus compañeros y del sentimiento público, dejaba el teatro.

En el programa figuraba el acto segundo de una de las piezas en que Regnier no tiene rival: las *Bodas de Figaro*, de Beaumarchais; y así sucedió que á la aparición en las tablas del que por última vez se presentaba al público, la emoción llegó al colmo y los aplausos no le permitieron hablar durante algunos minutos. No hay para qué decir que estuvo como siempre inimitable en este papel clásico de su repertorio.

Una porción de artistas de los primeros teatros contribuyeron á dar á la función un brillo extraordinario.

Entre otros citaremos á Gardoni, que cantó la *Mandolina* en un intermedio musical; á Delle Sedie que supo hacer aplaudir la romanza de *Don Sebastian*; á la Paulina Viardot que dijo el aria: *J'ai perdu mon Eurydice* (de Gluck) con el sentimiento artístico que nunca la abandona; á la Miolan Carvalho, celebrada cual ninguna en una de las más bellas piezas de las *Bodas de Figaro*, de Mozart; y finalmente, merecen también particular mención los principales artistas del teatro Francés en las *Precieuses ridicules* y el *Mariage forcé*, de Molière, y en la *Joie fait peur*, de madama de Girardin.

En suma, función completa; pero lo repetimos, tristísima, como todas las funciones de despedida.

¿Cuesta tanto trabajo acostumbrarse á la idea de que no se volverá á ver á un artista favorito!

Pero Regnier parece bien resuelto.

Al día siguiente de la representación de que tratamos, anunció un periódico que el teatro de la Puerta de San Martín se iba á reconstruir para el otoño próximo, que en la fiesta de inauguración se daría la pieza de Victor Hugo y que Regnier representaría el papel de Triboulet, que ha popularizado Verdi con su Rigoletto.

La noticia causó sensación, sensación de alegría; pero no duró mucho.

Regnier escribió una carta al periódico en cuestión, manifestando su firme resolución de no presentarse más en ningún teatro.

Por consiguiente es cosa decidida.

M. Regnier se consagrará exclusivamente á sus deberes de profesor de declamación en el Conservatorio, donde hace años ya que presta al arte grandes servicios.

Pocas noches después de la despedida de M. Regnier, se daba en el mismo teatro la primera representación de una obra nueva, titulada: *Nanny*, comedia en cuatro actos de MM. Meilhac y de Najac.

El argumento está fundado en la exageración de un sentimiento muy natural, el del amor de una madre á su hijo.

Ana Brann, llamada *Nanny*, quiere efectivamente á su hijo Pedro con un inconcebible exceso.

Desde luego se vé que su egoísmo no transigirá por ningún motivo, aun cuando sea el más legítimo del mundo.

Seguramente quiere hacer de su hijo un hombre ilustre, un hombre glorioso entre todos, y para esto es necesario que se someta á su dirección exclusiva.

La vía que elige es la del trabajo: con el trabajo conseguirá esa celebridad con que sueña su madre; y es preciso vencer todo obstáculo que se atravesase en su camino.

No tiene más que abandonarse completamente á su vo-

luntad, y ella responde de que la Francia contará un nombre mas entre sus grandes celebridades.

Lo que sobre todo teme la madre es el amor, cuando da por resultado un casamiento.

¡Qué rémora es la mujer para que el hombre alcance la gloria!

Imbuída de esta idea, Nany decide en su soberanía maternal que su hijo morirá soltero.

Pero hé aquí la comedia.

Pedro, por el contrario, aspira á casarse con la encantadora Juana de Guilleragues, y tiene la osadía de declarar á su madre su firme resolucion de llevar á cabo un enlace que es el objeto supremo de sus aspiraciones.

La lucha estalla, y en ella se encierra todo el interés de la fábula.

Está ya para concluirse el compromiso matrimonial, cuando se presenta en escena un auxiliar inesperado.

Es Adriana, primer amor de Pedro, que se opone á la boda.

Advertida por Nany, amenaza á Pedro con revelar á M. de Guilleragues la historia de sus amores.

¿Cómo lo ha sabido? se pregunta el futuro esposo.

Nada mas sencillo: la madre, que ha descubierto el secreto, le aprovecha para hacer fracasar el proyecto de su ingrato hijo.

Fácil es concebir que tras esta revelacion, las relaciones entre la madre y el hijo van á romperse; y con efecto, Pedro anuncia su resolucion de separarse; pero la pobre madre sucumbe ante la amenaza, se olvida de la gloria, no piensa mas que en el cariño verdaderamente entrañable que profesa á su hijo, y consiente en aquel enlace.

Tal es el sencillo argumento de esta comedia, escrita con talento y con gracia en el diálogo, y admirablemente interpretada por madama Plessy, en el papel de protagonista, papel único, podemos decirlo así, pues los demás son secundarios.

El éxito no ha sido grande. El interés es escaso, faltan situaciones notables, y por último, se adivina, desde las primeras escenas, la marcha entera de la accion y su desenlace.

Llegamos al fin de nuestra crónica sin que nos quede espacio para hablar de los teatros líricos: lo haremos en la próxima semana.

MARIANO URRABIETA.

Historia de dos bofetones.

1839-1869.

(Conclusion. — Véase el número 1,006.)

Otros quince dias despues el cura de San Sebastian, rodeado de una turba de curiosos, tapadas y muchachos, y asistido de sacristan y monaguillos, preguntaba en la sacristia de la parroquia á doña Gabriela si queria por su legitimo esposo á don Canuto de la Esparraguera. Y aunque es de ley que todas las que se oyen dirigir tan tremendas palabras las escuchan con los ojos bajos, ello es que doña Gabriela, ó porque oyó tos ó chicheo, ó sonó en el techo algun ruido que llamó su atencion y temió que se le desplomase encima, levantó contra el ceremonial la vista, y su mirada se encontró con la de don Gonzalo. Tuvo ya la novia entre dientes el primer sonido de un no claro y redondo que no diese lugar á interpretaciones; pero acordándose en aquel momento del bofetón del día de Pascua, miró á las manos de su madre, y pronunció sin titubear el fatídico *si quiero*.

Cuatro años despues subía á San Gerónimo una señora bizarramente vestida de terciopelo, con diamantes en la frente y perlas al cuello, vertiendo salud y alegría su semblante lleno y colorado, imágen de la paz y la dicha, apoyando su carnoso brazo en el de un caballero con un chirlo en el arranque de las narices, y acompañada además de dos dueñas, dos pajes, dos niños y dos niñeras con dos criaturas, la una de pecho. Traía la feliz pareja una conversacion secreta, aunque al parecer muy festiva, y habiéndose parado un instante, dijo el caballero: «¿Fué por aquí sin duda?» «Aquí fué,» respondió la noble matrona, fijando con amorosa expresion sus ojos hermosísimos en el semblante de su esposo. El caballero estrechó vivamente la mano de la virtuosa consorte, y le dijo en voz baja: «No me podrás negar que fué un bofetón bien aprovechado.»

SEGUNDA PARTE.

Era de noche, y un sereno con pantalones anunciaba á los madrileños las dos y media. Esto anuncia que

hemos dado un salto superior al de Alvarado en la calzada de Méjico; y si añadimos que el sereno llevaba pendiente del chuzo un farol numerado, nuestros lectores conocerán que hablamos de estos felices tiempos de libertad y de estados excepcionales, de liceos y represalias, de poesia y de miseria. Eran las dos y media, pues, de la noche, y dentro de un gabinete profusamente adornado con estampas de *Atala*, de *Ivanhoe*, de *Bug-Jargal* y del *Corsario*, una interesante jóven de negros ojos y negra cabellera, el rodete en la nuca y los rizos hasta el seno, se deshacia al amor de la lumbré en amargo llanto que inundaba sus mejillas, medianamente flacas y descoloridas.

Es comun decir que si llora una niña, culpa será de un hombre; y esto era puntualmente lo que sucedia con doña Dolorcitas del Tornasol aquella noche, porque hombre era el que habia escrito no sé qué novela, ó cuento, ó drama que tenia en el regazo, y al héroe de aquella soñada historia, oprimido de imaginarios males por gusto del autor, iban consagradas las lágrimas de la sensible lectora. Por lo demás, ningun hombre habia dado á Dolorcitas hasta entonces motivo de pesadumbre, porque á todos los 26 amantes que habia tenido hasta la edad que contaba (sin incluir en aquel número ningun galan del tiempo en que la niña iba á la maestra), á todos 26 habia dado calabazas, al uno por muchacho, al otro por machucho; al uno por mas, al otro por menos que ella; por sobrado elegante al uno, al otro por zafio. Aguardando que la suerte le deparase algun Arturo ó caballero del Cisne, todos le parecian Frentes-de-Buey y Cuasimodos.

Esparcidos por el suelo estaban todavia los pedazos de un billete color de rosa, perfumado y con orla y sello y canto dorado, primera entrega del vigésimosétimo galan, hecha furtivamente aquella noche en una academia de baile.... pero téngase entendido, á pesar de esto, que sin llegar el amante novísimo al modelo ideal que existia en la cabeza de la melindrosa niña, tenia sin embargo cierto aire ó traza novelera que agradaba algun tanto á la pretendida.

Mientras ella se acongojaba por la infelicidad ajena á falta de la propia, el libro estacionado en los pliegues de la anchisima falda que se escapaba de un talle de silfide, cayó repentinamente en el brasero, cuyas ascuas devoraron en un punto la inocente margen de las mentirosas páginas.

Acudió Dolores á salvar á su héroe favorito de la pena del fuego; pero acudió tan tarde, que convertida ya en brasa gran parte de las hojas, el rápido movimiento de la mano libertadora al sacarlas de entre la lumbré solo sirvió para hacer que brotase del libro consumidora llama que envolvió el brazo de la niña, defendido solo por una delgada tela de algodón, fácil de inflamarse. Soltó Dolores asustada el libro, cayó este ardiendo sobre la falda, prendió la llama en ella, y vióse en un momento rodeada de fuego y humo la señorita, que aturdiéndose entonces de todo punto, principió á correr por la casa como una loca, pidiendo auxilio con tan desaforadas voces como la ocasion requeria, y un poco mas si cabe.

Al estrépito que armaba despertó, no solo la única persona que vivia con ella (que era una anciana, tia suya), sino la vecindad entera: quién creyó que los carlistas cantaban el *Te-Deum* en Santa Maria, quien que estallaba en Madrid un pronunciamiento, quien que sus acreedores habian descubierto el undécimo asilo que habia mudado en siete semanas. Conmovióse toda la casa; y los milicianos nacionales de ella se echaron las correas encima y salieron á los corredores á paso de ataque y haciendo la carga apresurada; y fué ciertamente un espectáculo notable el de ver abrirse unas tras otras todas las puertas y ventanas que daban al patio y á la escalera, y asomar por ellas viejos y viejas, mozos y mozas, niños y niñas, cada cual con su luz en la mano; envuelto en un cobertor el uno, el otro en una capa, ellos en calzoncillos y ellas en enaguas; habiendo llegado á tanto la curiosidad de una vecina, coja y medio cegarra, que al salir á informarse, olvidó su muleta y no se olvidó de los anteojos.

Mientras todos preguntaban y ninguno respondia, los gritos habian cesado, y por consiguiente, la perplegidad era mayor. Era el caso que la respetable doña Gregoria (la tia de Dolores), puesta en pié al primer grito que oyó, habia saltado de la cama, y encaminándose hácia donde sonaban los alaridos, se encontró cerca de la cocina con la atolondrada jóven, que ya no estaba para conocer á nadie, y gracias á las ocho arrobas que pesaba la buena anciana, pudo resistir el recio environ sin venir al suelo, y la que cayó hecha un ovillo fué la sobrina. La tia, aprovechando aquella feliz coyuntura, hizo un esfuerzo para verter sobre Dolores un cubo de agua, y en un santiamen apagó el fuego y puso á la niña como una lechuga de fresca.

Desnudóla, llevóla á la cama, apaciguó el tumulto vecinal con dos palabras, volvió á la autora de él, y vió que todo el daño que habia padecido se reducía á un ligero chamuscon de rodillas abajo y un rizo menos, con lo cual la prudente doña Gregoria se sosegó y principió á indagar la causa del incendio.

— Ha de saber Vd., le decia Dolores, ya recobrada de su turbacion, ha de saber Vd., tia de mi alma, que de aquel lienzo que me regaló mi padrino estaba haciendo yo una camisita que pensaba dar al niño de la

pobre viuda de la guardilla, que está el angelito que da lástima verle, cuando...

Al llegar aquí la relacion, que segun se ve, no prometia mucha fidelidad histórica, salteó las narices de doña Gregoria un tufo á chamusquina que la hizo salir de la alcoba al gabinete, temerosa de nueva catástrofe; y casi debajo del brasero halló el lomo de un libro en rústica, cuyas hojas habian sido reducidas á pavesa; apareció entonces toda la verdad del caso; amostazóse sobradamente la buena señora y apostrofó á su sobrina con los epitetos de embustera, desobediente, perturbadora del sosiego público, y romántica amen de esto, que le parecia peor que todo. Ella, para disculparse, habló de subterfugios inocentes y de irritabilidad de nervios, de consideraciones justas y de arbitrariedad doméstica, soltando de aquella boca tan copioso raudal de bachillerias, formuladas en la peregrina fraseología moderna, y acompañadas con tales suspiros, ayes y lágrimas, que la grave doña Gregoria, mas por ver si conseguia hacerla callar que por otra cosa, se atrevió á poner su mano irreverente y prosáica sobre aquellas mejillas alfenicadas y macilentas. Nunca tal hiciera la mal aconsejada tia. Allí los chillidos de Dolores cual si la mataran, allí el arrancarse frenéticamente los cabellos, allí el caer en un soponcio de media hora de duracion, y salir de él para entrar en una convulsion espantosa, en medio de la cual invocaba á todas las potestades del infierno, desgarraba las sábanas y aporreaba á su tia, que no tuvo mas remedio que pedir favor á los vecinos.

Nuevo alboroto, nueva encamisada. La habitacion de Dolores se llenó de gente: unos se destacaron en busca de facultativos, otros por medicinas. «Sinapismos,» decia uno: «friegas,» replicaba el otro: «darle á oler un zapato,» decia un señor antiguo: «darle con él en las espaldas,» decia una desenfadada manola. Por último, como todo tiene fin en este mundo, á las dos horas y media de brega y barahunda cesó el síncope, y volvió en su acuerdo la irritable señorita, á tiempo que se deshacian tocando á fuego las campanas de la parroquia, á donde engañado uno de los vecinos que habia ido á avisar así que oyó las voces del primer alboroto, sin haber podido conseguir hasta entonces que el sacristan despertase. Poco despues empezaron á sonar las demás campanas de Madrid; acudieron las bombas de la villa, los serenos, los celadores, los alcaldes, la guardia con dos docenas de aguadores embargados, y los milicianos que estaban de imaginaria; y guiados todos por el diligente vecino, ocuparon la casa, y poco satisfecho el celo de los peritos de la villa con la declaracion unánime de los interesados, invadieron los desvanes, subieron al tejado, descubrieron dos ó tres carreras, echaron una chimenea abajo y rompieron los vidrios de un tragaluz; con lo cual se retiraron plenamente satisfechos de haber cumplido su obligacion.

CONCLUSION.

Pocos dias despues, el vigésimosétimo galan de Dolorcitas recibia una carta en que la chamuscada niña le decia que era el único hombre que habia encontrado el camino de su corazon, y le rogaba que tendiera su mano protectora hácia una huérfana desdichada, victima de una tia bestial. (¡Pobre doña Gregoria!)

Tres meses despues anunciaba un periódico chismográfico de la corte que una agraciada jóven de ojos negros, pelinegra y descolorida, se habia fugado de la casa de su tia, en compañía de un peluquero, llevándose equivocadamente él ó ella cierto dinero y alhajas que no pertenecian á ninguno de los dos.

Dos años despues en la feria de Jadraque obtenia ciertos inequívocos murmullos la cómica de la lengua, llamada como nuestra heroina, representando muy mal en un pajar el papel de la infanta doña Jimena; y ciega de ira, contestaba con muecas la actriz á los espectadores, y su alteza la señora infanta dormía en la cárcel de la villa por disposicion de un alcalde celoso del respeto al público.

Mes y medio despues un alguacil que habia traído, de órden de un señor juez, una ninfa de ojos negros á Madrid, como pueblo de su naturaleza, contaba á un colega suyo, en un figon de la calle de Fuencarral, que la ninfa mencionada habia preferido una habitacion en el Hospicio á vivir bajo la custodia de cierta parienta suya que no gustaba de monerías.

Otro mes y medio despues, faltaba una noche una persona en el dormitorio mujerial del Hospicio, y los dependientes del canal de Manzanares, á las cuarenta y ocho horas, sacaban de aquellas cenagosas aguas el cadáver de una jóven con las manos puestas delante de la cara.

La jóven era la desventurada Dolores. Un castigo, imprudentemente impuesto, la condujo á la carrera del vicio; el mismo castigo hizo á Gabriela entrar en la senda del deber. A otros caracteres, otro modo de manejarlos: otros tiempos, otras costumbres.

J. EUGENIO HARTZENBUSCH.



FIESTAS DE LA BRIELLE. — Ceremonia de la colocacion de la primera piedra del monumento conmemorativo de la independencia holandesa.

El robo del ferro-carril

DE ANDALUCÍA.

Un hecho inaudito acaba de tener efecto en España; la detención y asalto de un tren de viajeros en la línea de Andalucía.

Hé aquí los pormenores que escriben de Madrid, con fecha 1º de abril de 1872:

« A las doce y cuarto de la noche descarriló y ha sido robado el tren procedente de Andalucía, entre Valdepeñas y Manzanares. A las nueve de la noche, según los informes de testigos presenciales, varios hombres armados de trabucos y escopetas se apoderaron de los guardas del paso á nivel de la venta de Consolación, y los obligaron á ayudarles á arrancar varios rails y traviesas, que dejaron atravesados en la vía, con el propósito de detener el tren ó producir un descarrilamiento.

Apenas el tren anunció su llegada, los bandidos obligaron á los guardas á que hicieran señales de alto. El tren, sin embargo, no pudo detener toda la gran velocidad que traía, y entró en el terreno removido, arrojando á los coches con grandes sacudimientos fuera de la vía. Y júzuese del terror de los viajeros cuando al mismo tiempo que veían en peligro su vida porque el descarrilamiento tenía lugar sobre un terraplen colocado sobre profundos barrancos, oyeron tiros, maldiciones, juramentos y ayes, y se vieron amenazados por trabucos y escopetas que se asomaban por las ventanas de los coches, haciéndose subir con amenazas y golpes á los viajeros que huyendo del descarrilamiento se habían lanzado al camino.

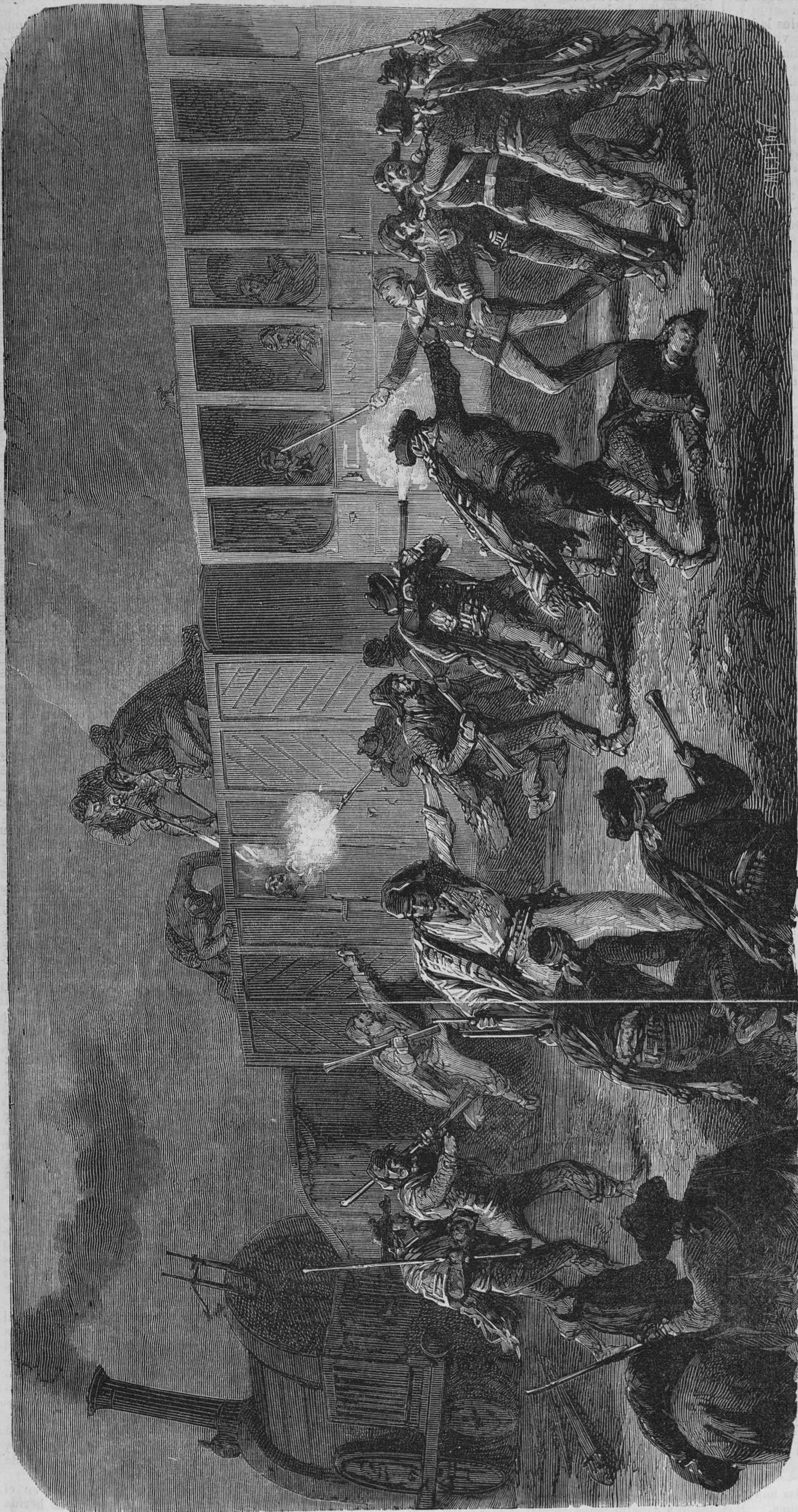
Lo que pasaba en la cabeza del tren era lo siguiente:

Viendo los ladrones que el tren seguía caminando porque el maquinista no pudo detenerle desde luego, dispararon á aquel dos tiros. El maquinista y el fogonero comprendieron entonces de lo que se trataba, y se arrojaron de la máquina. El fogonero se amparó de uno de los primeros coches, y el maquinista corrió pidiendo auxilio hácia un coche inmediato, donde sabía que venían dos guardias civiles, los cuales, por no traer cargo alguno, porque volvían de la comision de custodiar caudales, estaban sentados entre los pasajeros.

Instantáneamente, sin embargo, los guardia civiles cumplieron con su deber. Uno de ellos, cabo, disparó su fusil y se metió en el furgon inmediato á la máquina. El otro se arrojó á tierra por el lado opuesto, precedido de un jóven teniente de infantería, que, con el sable desnudo dió el grito de « á ellos », y se lanzó sobre los bandidos. Estos le recibieron á tiros y le derribaron al suelo de un balazo en un hombro, echándose sobre él y sobre el guardia seis de los ladrones, que no dejaron de apuntarles con las escopetas hasta que consumaron el robo.

El cabo entre tanto disparó su fusil dos ó tres veces, y los bandidos, que le veían encastillado en el furgon, subieron sobre este y dispararon contra el guardia por el agujero donde se coloca el farol, cuatro ó seis tiros, dos de los cuales le inutilizaron el fusil y el tercero le hirió en el ojo derecho, derribándole en tierra.

Otra desgracia ocurría al mismo tiempo. Entre los pasajeros que se echaron fuera del tren, por temor á las consecuencias del descarrilamiento, venía un jóven actor cómico, procedente de Granada, y porque no obedeció pronto á los bandidos, que le man-



ESPAÑA. — Robo del tren de Andalucía, entre Valdepeñas y Manzanares.

daban volver al coche ó porque dijo alguna palabra, lo cierto es que sufrió un tiro de escopeta á boca de jarro, que le atravesó por medio del cuerpo.

Habiendo cesado, pues, toda resistencia á los ladrones, empezaron estos á tranquilizar á los viajeros, mezclando á sus juramentos y blasfemias palabras de seguridad, diciendo á gritos que los viajeros nada tenían que temer, pues ellos venían solo por dinero.

En virtud de esta intimación, todos y cada uno de los pasajeros se retiró al fondo del coche, esperando el momento en que vinieran á desbalijarle. Por media hora reinó en todo lo largo del tren silencio sepulcral, ligeramente turbado por el viento que silbaba y el murmullo de los ladrones que registraban exclusivamente el furgon de equipajes.

Todavía se pasó otra media hora en esta angustia, hasta que se oyó un silbido y la voz de *¡fuera!* lo que significaba que los ladrones se retiraban con su botín. De los que los vieron marchar, unos dicen que se alejaron á pié y otros á caballo, pero todos dicen que hacía Sierra Morena.

Después que marcharon los ladrones, fueron bajando de los coches los pasajeros y supieron que los salteadores se habían llevado unos cuarenta ó cincuenta mil reales, que venían de transporte, y los fondos de la compañía.

Un tren que llegó á Manzanares con el ingeniero y el médico de la empresa, trasbordó los pasajeros y equipajes, que así continuaron, después de siete horas de detención, su camino.

De los heridos, el teniente de infantería y el cabo de la guardia civil fueron curados en la casilla del guarda de la vía. La herida del oficial no ofrece peligro. Se teme que el guardia pierda el ojo por haberle quedado un perdigon dentro. El infeliz actor ofrecía á la salida del tren pocas esperanzas de vida.

Se dice que los bandidos que han dado este golpe son los que vagan hace días por los montes de Toledo, auxiliados por alguna gente del país. Se observó que habían cortado los hilos telegráficos de la línea de Daimiel, por donde pensaban hacer su retirada.

Los pasajeros, que trasbordaron á las siete de la mañana, llegaron á Madrid después de las dos de la tarde.

R. S.

La cueva de Benidoleig.

NOVELA ORIGINAL HISTÓRICA.

(Continuación. — Véase el número 1,006).

Llegado á esta altura, intimó la rendición por medio de un trompeta á los pueblos y castillos de Baylen, Villalonga, Borron, Villola y Palma, so pena de declararles guerra á sangre y fuego, talar sus campos y cercarlos hasta que pereciesen de hambre, los cuales, intimidados por esta resolución y la fama que sus hechos habían ya dado á Su Alteza, ofrecieron rendirse dentro de siete meses, si en el término de ellos no recibían socorro de los suyos. El rey aceptó la condición; y se le entregó en rehenes la torre de Albarrana, y nombrando un alcaide, la fortificó bien con el ayuda que para ello hizo le prestasen los moros.

El cultivo y la feracidad del suelo tenían convertido aquel valle en un terreno delicioso. Un apacible río serpenteando por el medio de él, suministraba caudal á distintos arroyos que proporcionaban por todas partes el necesario riego; y la dorada mies, la caña del azúcar, el cáñamo, el arroz, la morera y el olivo alternando entre sí producían la grata variedad que deleita la vista, y ofrecían riquezas cuantiosas en el valor de unos frutos tan abundantes y estimados. El rey, convidado por la amenidad del país, quiso pasar en él los siete meses del término que les había concedido, y allí en el descanso y el recreo trazó el plan de sus ulteriores conquistas.

Maria en tanto que impelida del amor había seguido á su esposo (siguiendo el ejemplo de una reina que había dado á luz nueve hijos en medio del estruendo de las armas y en el pabellón de los reales), (1) dió también á luz el cuarto fruto de su feliz unión. El estado en que se hallaba el arte de la guerra, en un tiempo en que no se conocían los grandes movimientos, y la lentitud de las operaciones, permitían á los ejércitos el séquito de estas damas que se establecían en los reales mismos. Así Antonio de B... se separaba solamente de Maria cuando le llamaba el clarín, y después de la batalla, venía á poner á sus piés los laureles para trocarlos por el mirto que le ofrecía su ternura. De este modo entre el amor y la victoria, y rodeados de las delicias de aquel país, pasaron con rapidez los siete meses de las treguas otorgadas, durante los cuales se tomó á fuerza de armas á Villena, y después de transcurridos sin que los pueblos hubie-

sen recibido socorro, se rindieron en los términos que lo tenían concertado.

Negocios de importancia precisaron al rey á separarse del ejército y dejar el teatro de la guerra para pasar á Barcelona, y de allí á Zaragoza, á concertar las bodas de sus dos hijas doña Violante y doña Constanza con el príncipe de Castilla don Alonso y su hermano don Manuel. Antonio y Maria se despidieron de Su Alteza con el sentimiento que era propio de su afecto, nombrado el primero para seguir á don Pedro de Alcalá, que á la cabeza de su cuartel iba á marchar contra Játiva, le acompañó, como siempre, su esposa y la madre de esta, que nunca la había abandonado.

Este célebre capitán, primo hermano de Lizana, á quien había dejado el rey por gobernador general de la ciudad y reino, principió con efecto sus correrías é hizo considerable daño en la vega y arrabales de aquella pequeña, pero bien fortificada ciudad; y deseoso de rendirla, se dispuso á verificar el asalto. Hechos los preparativos necesarios, determinó reconocer el muro por sí mismo para averiguar cuál era la parte mas débil, y quiso que le acompañase nuestro héroe, en cuyos conocimientos y valor tenía tan justa confianza.

El reconocimiento se debía hacer al distinguirse los primoros albos del día. Antonio había nombrado la escolta que los debía acompañar, compuesta de los mas esforzados, y todavía ningún crepúsculo anunciaba la presencia del luminoso astro, cuando este, que había participado á Maria la honrosa distinción que había merecido á Alcalá, se desprendió de los brazos de su esposa para correr á donde le llamaban el riesgo, el honor y la gloria. El diligente Alcalá, lleno de entusiasmo por la santa causa de nuestra religión, y celoso del lustre de las armas cristianas, cuya dirección tenía confiada, no se hizo de esperar, y poniéndose al frente de los suyos marchó á reconocer el alto y fortalecido muro de la ciudad de Játiva.

La prudencia no siempre se sabe hermanar con el valor, y mucho menos cuando el hielo de la edad no ha empezado á templar el fuego de la sangre, y á calmar los impetus de la irreflexiva juventud. Alcalá, Antonio de B... y su valiente comitiva, tomaron una posición ventajosa desde donde podían descubrir la ciudad, y siguiendo por las lomas que la dominan hubieran podido llenar casi enteramente su objeto; pero distinguen un grupo de enemigos á muy poca distancia, creen necesario dispersarlos para mejor verificar la operación, y los acometen con denuedo. Los moros les hacen frente en ademán de resistir. Pero bien pronto huyen, y en vez de dirigirse á las puertas de la plaza, siguen por la falda del monte, que con muy cortas fuerzas habían bajado los nuestros. Alcalá ve la ocasión de aquella presa; temeroso de que le escape, intenta cortarles la retirada, y destaca á este fin al intrépido Antonio para que se interponga entre ellos y la ciudad. Antonio lo verifica así, y aproximándose al enemigo, se lisonjea ya de la seguridad del golpe; pero doblan un cabo ó punta saliente que formaba la falda del monte, sale de aquel recodo un tropel de enemigos que estaban emboscados y ataca á Alcalá, que pica la retaguardia de los moros; Antonio acude al instante á su auxilio, y se traba una lucha desigual y sangrienta. Todavía el valor y la destreza de los cristianos hubieran triunfado de la numerosa morisma; mas una puerta de la ciudad se abre al mismo tiempo, y otra turba de infieles sale de ella con algazara y envuelve á los pocos cristianos que, no pudiendo resistir á tantas fuerzas, quieren sin embargo vender caras sus vidas, defendiéndolas hasta el último aliento.

Los moros conocen su ventaja, se arrojan sobre los dos jefes harto distinguidos por el lucimiento de sus trajes, por el aire de nobleza de sus personas y por el señalado valor con que combatían y animaban á los suyos; los rinden y desarman, los conducen á la ciudad, aunque con extraño miramiento, y los colocan en el castillo, custodiados por una buena guardia.

Maria que, como siempre, se había separado con lágrimas en los ojos de su estimado esposo, había quedado en la tienda atormentada del temor y la inquietud que eran consiguientes á su ternura; y con las caricias que prodigaba á sus amados niños, procuraba distraerse de la meditación de los riesgos que corría en aquel instante su caro y fiel Antonio. El tiempo trascurría á su parecer con demasiada lentitud; apelaba á todos los medios que su imaginación le sugería para que le pareciese mas corto el tiempo de su separación, y esperaba con afán el deseado momento de su vuelta. Cuando creyó llegada esta tan anhelada hora, se dispone á recibirle, y su corazón late de gozo á la sola idea de verle venir; mas inútilmente sale de la tienda y pasea su vista por el campo, inútilmente se adelanta á su encuentro; sus ojos no descubren al objeto de su amor, ni tampoco á ninguno de los compañeros de aquella expedición desgraciada. Agitada de su justo sobresalto, vaga sin dirección, pregunta á cuantos encuentra por Antonio, y demasiado perspicaz para leer en las fisonomías, no tarda en convencerse de que todos participan de su temor.

Ya se retiraba á su tienda á confiar á su amorosa madre sus crueles sospechas, y á depositar en su seno su mortal inquietud, cuando ve subir por la ladera del cerro que ocupaban los reales de los cristianos un soldado á caballo, cuyo animal cubierto de sudor in-

dicaba en él, y su manifiesto cansancio, la celeridad de la larga carrera con que había libertado á su dueño.

Desde luego presumió que fuese de los que componían la escolta que había acompañado á su esposo; y deteniéndose á esperarle, el abatimiento que mostraba en toda su persona y la tristeza que presentaba en su semblante, le confirmaron al momento sus sospechas.

Llega finalmente el soldado, Maria corre temblando á él, le pregunta si ha acompañado á Alcalá al reconocimiento de la plaza, este responde que sí con una inclinación de cabeza, y queriendo saber de su esposo con aquella ansiedad que era consiguiente á su ternura vivamente alarmada; se detiene el soldado como dudoso.

Ella reitera sus preguntas, le insta, le importuna, y el soldado la refiere el suceso que ha arrebatado á sus dos jefes á las armas de los cristianos, y los ha reducido á una dura esclavitud.

Aun no había acabado su triste relación, y ya Maria había lanzado una exclamación lastimera, y caído en el suelo sin sentido.

El compasivo soldado echa pié á tierra presuroso, la recoge para llevarla á los brazos de su madre, y á pocos pasos tropieza con ella, que, noticiosa del fracaso y en aras del amor maternal, venía corriendo en su busca.

Acompañada de Arazof y su primo Boardil, que no habían consentido nunca en dejar á sus bondadosos amos, la llevaron á su tienda con todo el cuidado posible, y la prodigaron los socorros necesarios para hacerla recobrar sus sentidos.

XIII.

LA EVASION.

Muchos cuidados costó á Matilde y á sus fieles criados hacer volver en sí á la desolada Maria. Apenas abrió los ojos, se vió rodeada de sus hijos, que preguntaban afligidos por su padre; á lo que exasperando su dolor, alzó las dos manos al cielo y prorumpió en un llanto amarguísimo.

Felizmente esto la procuró una especie de desahogo, y cuando se halló en estado de escuchar á su madre, empleó esta para tranquilizarla aquellas reflexiones piadosas que producen tan poderoso efecto en las grandes desgracias, cuando la semilla de la virtud está arraigada en las almas de los infortunados, y que solo se llegó á sofocar por exceso de la sensibilidad ó la flaqueza consiguiente á la naturaleza humana.

Después de haberla exhortado á la resignación debida, á la voluntaria aceptación de los trabajos con que la Misericordia Divina se digna despertarlos del funesto letargo de la vanidad y el orgullo, hizo uso de su maravillosa persuasión para hacer renacer la esperanza en aquel corazón ulcerado.

Le recordó el modo como la Providencia le había libertado del eminente riesgo que había corrido en la casa de Zorbohihc, y la aconsejó que no provocase su justo enojo con una desconfianza criminal.

Maria, dócil á las cristianas reflexiones de su madre, se resignó con facilidad, y se sometió enteramente á la disposición del Señor; pero no habiendo acabado de oír la relación del soldado, creía que su esposo era muerto, y no podía abrir su triste corazón á la esperanza.

Para disuadirla de este error, le hizo venir Matilde á su presencia, y no solamente la enteró con exactitud de todas las circunstancias del suceso, sino que, habiéndose fugado del poder de los infieles, la aseguró del miramiento con que había sido tratado y conducido.

Arazof, cuyo celo es ya tan conocido, se arrojó á los piés de esta afligida esposa, y se ofreció á libertar á Antonio. Ella, volviéndose á su madre, con amarga sonrisa, la opuso la dificultad de la empresa, y viendo que Matilde no la creía de ningún modo impracticable, manifestó cuánto sería el exceso de su gozo, y cuánta también su gratitud.

Los jefes que habían quedado en las tropas del cuartel de Alcalá, enviaron un expreso dando parte de lo ocurrido á Lizana, el gobernador general, y levantando inmediatamente sus reales, abandonaron el campo delante de la ciudad de Játiva, cuya plaza fué después el motivo de justas quejas y acaloradas discusiones entre el conquistador de Valencia y el príncipe de Castilla su yerno.

Matilde y Maria, resueltas á procurar la libertad al intrépido Antonio, no quisieron alejarse de Játiva donde se hallaba preso, y conservando en esta ciudad y en los pueblos inmediatos muchos y poderosos amigos de la parcialidad de Abuceyt, se dirigieron á Castellon con toda la familia, y se pusieron bajo la protección de uno en cuya fidelidad tenían la mayor confianza.

Allí, y con el auxilio de este, averiguaron quién era el principal encargado de la guardia del castillo, y Matilde y Arazof trazaron el plan, cuya arriesgada ejecución tomó á su cargo el último.

Pero volvamos á Antonio, que, maltratado en el combate, aunque no había recibido ninguna herida bastante grave para que peligrase su vida, había sido

(1) Doña Violante de Hungría, casada en segundas nupcias con el Conquistador. Historia del rey Don Jaime.

conducido por los infieles de un modo cual no se podía prometer, según la experiencia que tenía de su carácter y conducta.

Llegado á la ciudad, había sido separado de Alcalá y privado del consuelo de este jefe y amigo; se le había reducido á la estrechez de un calabozo, en cuya soledad le ofrecía su imaginación el aflictivo cuadro de su familia. La privación de su esposa y sus hijos, la ignorancia del partido que habrían abrazado en un desamparo tan lastimoso, y la suposición de las penas é insultos á que se verían expuestas, empeoraba considerablemente su ya desgraciada situación, y una cavilación tan continua, alejando el sueño de sus párpados, le privaba enteramente del descanso preciso. Por otra parte, la mala curación y la falta de asistencia había enconado sus heridas, y la fiebre, que iba aumentando con el descuido, le iba poniendo en estado de riesgo.

Esta era la situación de nuestro héroe, cuando el celoso Arazof llegó á Játiva con recomendaciones poderosas. Valido de ellas, y noticioso del mal estado de su amo, procuró hacer entender á los moros el valimiento que los dos prisioneros tenían con el Conquistador, y les pintó la indignación en que incurriera la ciudad si uno de ellos llegaba á sucumbir. Esta consideración, que había aplacado el rigor con que los infieles solían tratar á los cautivos, fué de grande eficacia para hacerles mirar por Antonio. Arazof tomó el supuesto carácter de médico, y ofreció cooperar con su ciencia á su restablecimiento y salud. De este modo logró introducirse en la cárcel de su amo; le enteró de la aflicción y paradero de su amante familia, y le dió la esperanza de procurarle su libertad.

Alentado con ella nuestro héroe, y asistido del cirujano que le proporcionó Arazof, fué recobrando poco á poco el vigor necesario; y con el ensanche y ejercicio que le granjeó el crédito de este último, se vió en muy pocos días en estado de realizar las intenciones suyas y de su agente.

Con efecto, este tomó con anticipación las medidas necesarias, le indicó la parte del castillo mas próxima á su calabozo, por donde debía bajar, avisó á su esposa para que con toda la familia se encontrase en un punto de reunión proporcionado, y escogió una noche en que la claridad de la luna no les pudiese descubrir.

A la hora señalada salió Antonio del calabozo, cuya puerta había conseguido su agente le dejasen abierta, y se dirigió con un solo cordel á la parte de la muralla que se había convenido. Asomado á ella, examinó la elevación, que hubiera podido arredrar á cualquiera otro menos resuelto que él, pues á su mucha altura se debía añadir la pendiente de la montaña sobre la cual estaba construido el castillo.

Pero Antonio no veía ni escuchaba sino su propio afán de volar á los brazos de María, y acostumbrado siempre á despreciar los riesgos, no se le presentaba ninguno que no le pareciese superable.

Decidido pues á salir de su cautiverio á pesar del abismo que veía á sus piés, cuyo horror era amentado por la oscuridad de la noche, que no permitía distinguir el término de la muralla de la áspera pendiente del monte, da un pequeño silbido y le responden desde abajo, y á una proximidad que reanimó su valor.

Entonces conoció que el muro no tenía la elevación que él se había figurado; y sin mas detenerse, dejó caer el cordel. Su celoso y fiel amigo ató á él una escalera de cuerda, y le mandó tirar, y fijándola Antonio, sale de las almenas, pone un pié en el primer escalon, el otro en el segundo, y así sucesivamente; y dentro de un instante cree pisar el suelo y correr al encuentro de sus hijos y esposa.

Pero la prisa y la agitación con que ha fijado el extremo de la escalera no le han permitido asegurarla bien; uno de los dos ganchos se desprende al peso de su cuerpo, el otro, no bastando á sostenerle, se desprende tambien, y el infeliz Antonio cae con la escalera desde una altura todavía considerable.

Un grito que lanza Arazof al ver precipitar á su querido amo llama la atención de los centinelas del castillo, que comienzan á dar voces; la alarma se difunde por él, la guarnición toda corre con las armas en la mano á cubrir las almenas, las saetas sin puntería determinada vuelan ya por el aire, y muchos faroles que iluminan la muralla denotan el reconocimiento que se hace de ella.

Antonio, que indudablemente se hubiera despeñado sin el auxilio de Arazof, que había acudido diligente á sostenerlo, yace sin conocimiento en los brazos de este, el cual, falto de medios para hacerle recobrar los sentidos, á imposibilitado aquel de marchar por su pié, debía conducirlo en los brazos.

Es verdad que sus fuerzas le facilitaban este recurso; mas lo escarpado del monte le obligaba á rodear el muro para buscar una senda suave, y esto no podía verificarlo al menos sin gran peligro, estando las almenas coronadas de moros. Por otra parte, si al reconocimiento que se hacia del castillo seguía el encuentro de su falta, era de temer que saliesen en su alcance, ¿y cómo evitar el caer en sus manos?

A tan justos y fundados temores, se agregaba el que les cogiese en aquel punto la llegada del día, en cuyo caso no había remedio para evitar su muerte.

En medio de tantos riesgos conoció que el mayor era el que resultaría de la perplejidad é incertidumbre; y precisado á tomar un partido, coge á Antonio sobre sus hombros, y principia á bajar el derrumbadero que tenía á sus piés, lo cual una vez conseguido

acortaba en gran manera el camino hasta el punto que había señalado para la reunión.

Agil, robusto y habituado toda su vida á trepar alturas al parecer inaccesibles, bajó sin mucha dificultad la mayor parte de la ladera, y solo le faltaban unos cuarenta piés para llegar á lo hondo del barranco, por donde corría un riachuelo.

Después de vadeado, se ofrecía una sierra que podría tener un cuarto de hora de subida, y á la otra parte de ella, en un pequeño llano les esperaban Matilde y la tierna María con todos sus hijos y criados, y las acémilas necesarias para emprender su viaje en busca de las tropas cristianas. Pero se vió detenido por un corte casi perpendicular en la peña, de cerca de veinte y cinco piés, cuya lisura, añadida al obstáculo del declive, le quitaba toda esperanza de sostenerse en él.

Arazof ve que no puede permanecer allí, y alentado por la proximidad á que se hallaba de Matilde, y por la vista del arroyo que le ofrece los medios de hacer recobrar los sentidos de Antonio, coloca á este de un modo que pudiera preservarlo de todo golpe, y sentándose sobre la peña lisa, endereza los piés, se deja deslizar, y va á parar al fondo, con una violencia que apenas pueden sostener sus rodillas.

Seguro allí, á su parecer, por entonces de la persecución de los moros, humedece á su amo las sienes, le rocía la cara, abre los ojos y le entera del modo cómo le ha conducido hasta allí, y de la corta distancia que le separa de su esposa.

Antonio, animado por el gozo y la esperanza, quiere ponerse en pié y volar á su encuentro, y con efecto, lo verifica así; pero enfermo y estropeado por el golpe, ve con sentimiento que sus piernas no le pueden sostener.

Insiste no obstante en marchar, y con mucha pena y demasiada lentitud emplean un gran rato para andar un corto trecho. Arazof, que conoce el retardo que la debilidad de su amo les debe ocasionar, y considera que debe urgir el tiempo por las dos detenciones sufridas, lo confía otra vez á sus hombros, sube la loma, aunque despacio, y apenas ha llegado á su cumbre, el débil resplandor del crepúsculo le permite ver, aunque confusamente, un grupo de gente en el llano.

Cuesta abajo apresura su marcha, sin decir nada á Antonio; á medida que se acerca distingue mejor los objetos, y dudoso todavía, da la voz de señal, que es al instante contestada; algunas personas del grupo se adelantan corriendo, Antonio salta á tierra, llegan, y dos exclamaciones anuncian la reunión de los tiernos y felices esposos.

XIV.

EL DESASTRE.

Matilde, María y los hijos de esta, llenos todos de impaciencia y de afán, después de recibir con un gozo indecible el aviso de Arazof, habían dispuesto encontrarse en el punto de la cita; y venciendo obstáculos y riesgos, lo habían logrado por fin.

Llegados á él con anticipación suficiente, habían esperado todo el discurso de la noche, y no solo la duda y la desconfianza los había comenzado á inquietar, sino que los primeros crepúsculos anunciando la venida del día, se hacia su posición sumamente crítica y peligrosa.

El amor que profesaban todos á nuestro joven héroe no les permitía ni aun tolerar la idea de abandonarlo, y su demasiada aproximación á la ciudad los exponía á caer en manos de los infieles.

Dudosos sobre el partido que les convenia tomar, habían determinado aprovecharse del resto de la oscuridad que les quedaba para alejarse de aquel punto y retirarse á Castellon, dejar allí á Boardil con el encargo de esperar hasta bien entrado el día, y después practicar todas las diligencias posibles para averiguar el motivo del malogro de una tentativa, en cuyo éxito tenían fundadas sus esperanzas.

Consiguiendo á este plan, iban á dejar aquel sitio en el que María había creído reunirse á su esposo, y con el corazón traspasado de pena se disponía á partir; mas á la escasa luz que comenzaba á iluminar el horizonte creyó distinguir un solo bulto.

Esperó á ver si descubría otro, y no pudiéndolo conseguir hizo fijar en él la atención de los demás.

El bulto se acercaba lentamente hacia ellos, que formaban un gran grupo; oye la palmada, que era la señal de Arazof, y arrebatada de alegría corre presurosa hacia él.

En su marcha no dejaba de inquietarle la consideración de que venia solo; pero antes de llegar ve que suelta á otro hombre, sospecha luego la desgracia de Antonio, y se arroja á sus brazos.

Antonio, al ver á su querida esposa prorrumpe en otro grito involuntariamente, se abalanza á él, y su libertador corre sin dilación al grupo á anunciar su venida.

Difícil sería que la misma María pudiese explicar los sentimientos que agitaron su corazón al ver á su esposo, y verlo en semejante estado.

El gozo de haberlo recobrado, de oírlo y estrecharlo, la enagenaba ciertamente; pero la situación en

que le encontraba la hacia dudar de la mejoría de su salud ó sospechar que le había acaecido alguna otra desgracia.

Así, antes de entregarse á la satisfacción, le hizo repetidas preguntas sobre el motivo de venir en los brazos de Arazof.

Antonio, después de haber calmado algun tanto su inquietud con las seguridades que creyó mas propias para tranquilizarla, la refirió el accidente de su caída, se puso en pié y reconoció que no tenía dislocación ni fractura ninguna; pero había recibido contusiones que le impedían el libre uso de sus piernas.

Gozosa con esta incertidumbre, y confiada en la pronta mejoría de su estimado esposo, le hizo acabar de bajar la ladera en los brazos de Arazof y su primo, y reunido á toda la familia deliberaron sobre el partido que debían seguir. Nuestro héroe ansiaba por incorporarse cuanto antes á las tropas de los cristianos, ó dirigirse á alguna de las fortalezas últimamente conquistadas, lo cual les facilitaba su proximidad al valle de Bayren.

Adoptada esta última resolución, los hombres que les acompañaban, prácticos en todo aquel terreno, los guiaron á Luchente; y noticioso de que los caminos estaban ocupados por los moros que se hallaban en observación de nuestras tropas, procuraron evitar hasta las sendas de travesía.

(Se continuará.)

El palacio municipal del Havre.

La ciudad del Havre, como otras muchas de Francia, se ha modificado considerablemente en su aspecto en los últimos años; hoy damos una vista del palacio municipal, uno de los mas bellos monumentos de la Francia moderna, que cierto día denominaron el *pequeño Louvre*.

Presenta tres cuerpos de construcciones en fachada sobre el patio de honor. El cuerpo principal ó pabellon central tiene 80 metros de largo, sobre 21 de profundidad; y las dos alas, cada una 32 metros, sobre 12 de ancho. El conjunto de las construcciones cubre una superficie de 2,500 metros. En su aspecto general recuerda la época y el estilo del Renacimiento.

Penetrando en el interior, vemos que se compone de un gran vestibulo central con tres arcos sobre cada fachada: el del centro para el paso de los coches.

En el gran peristilo se encuentra, digámoslo así, el libro de oro de la ciudad, pues con efecto, en dos lápidas de mármol que hay allí, se leen los nombres de las ilustraciones locales y de los alcaldes que se han sucedido desde 1790.

En el piso bajo están la portería, los cuerpos de guardia militar y de policía, las oficinas de pasaportes, etc. A la derecha y á la izquierda del vestibulo, hay dos escaleras que conducen á las galerías del entresuelo y de allí á los pisos superiores. La galería de la derecha está ocupada por la sala donde se celebran los casamientos, y la de la izquierda por la caja municipal y la caja de ahorros.

El entresuelo de las alas comprende por una parte las oficinas del derecho de consumos, y por otra la comisaría central, etc.

La escalera de honor se indica solo por una ancha puerta vidriera, y no produce, por consiguiente, ningún efecto. Es una gran falta en tan bello edificio.

En lo alto de la escalera, en el piso principal, una antesala de espaciosas dimensiones adornada de bustos, da acceso por tres anchos arcos á una galería que reina en todo el cuerpo principal y que comunica con todas las partes de ese piso.

Enfrente de la antesala se ve un elegante salon central, y á sus lados hay dos grandes salas adornadas con gran lujo, la una para las sesiones del consejo, y la otra para las recepciones oficiales. Esas tres piezas, donde se distinguen tres magníficas chimeneas de mármol blanco con las armas de la ciudad, forman un soberbio conjunto de galerías, en las que pueden circular mil convidados en las fiestas municipales.

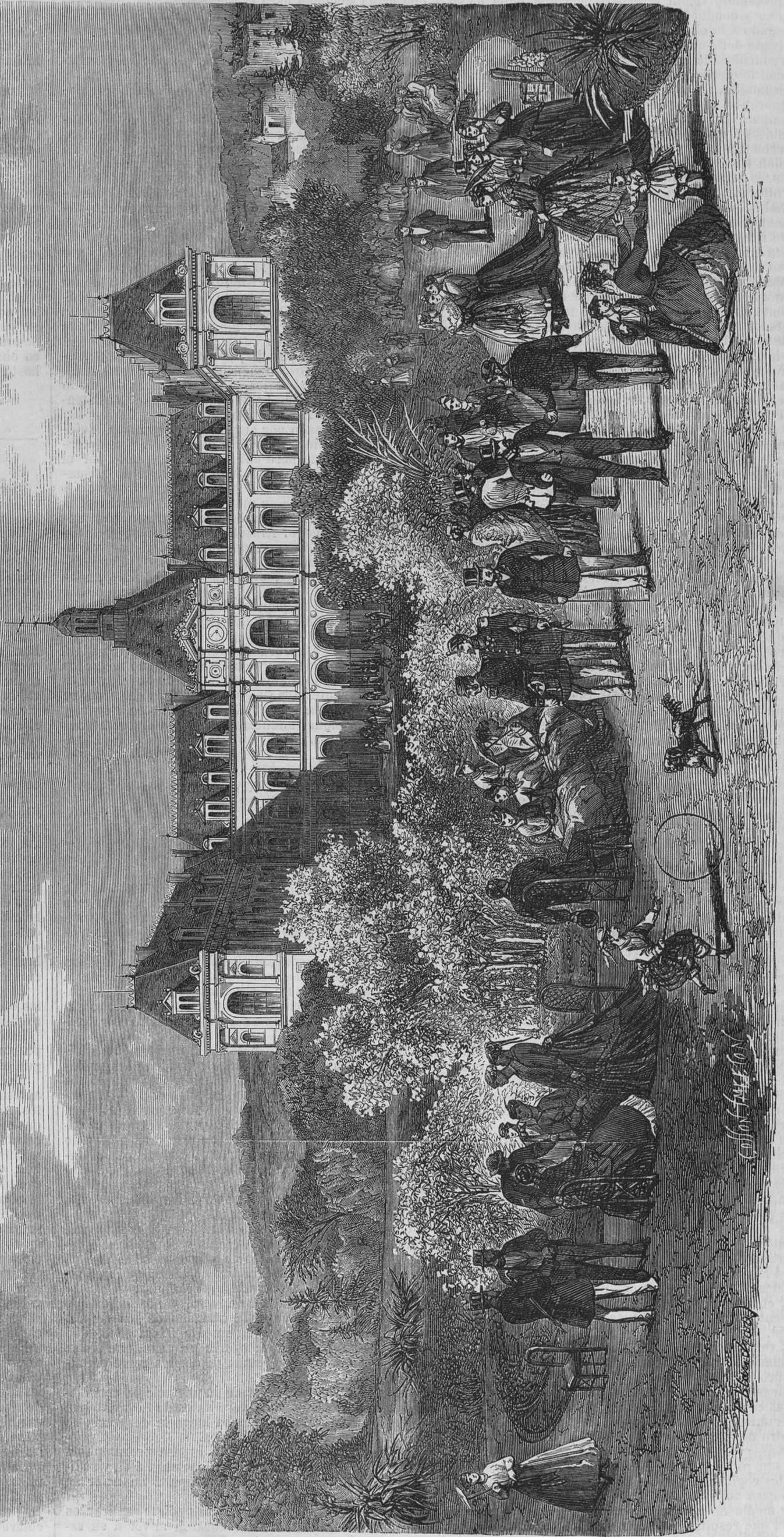
Seguidamente en el ala Oeste hay suntuosas habitaciones, en tanto que el ala izquierda comprende los gabinetes de los adjuntos; al extremo un saloncito adornado y amueblado con mucho lujo, sirve especialmente para las recepciones del alcalde.

En el piso principal, al Norte de la galería interior, están la secretaría general, las salas de comisiones y la Sociedad de estudios diversos.

En el segundo entresuelo se celebran las sesiones del Circulo práctico de horticultura; y tambien han establecido allí el contrato de las materias de oro y plata, una sala de armas y un depósito del material de las fiestas.

En el último piso están los servicios de arquitectura, agua, gas, etc., así como tambien los archivos municipales, puestos en órden por M. B. Dorey, y cuya excelente clasificación merece mencionarse particularmente.

P. P.



Palacio municipal del Havre.

Viajes.

ABISINIA.

(Continuacion. — Véase el número 1,006.)

Nuestros viajeros despues de haber explorado el Chiré en todos sus detalles, se internaron en el distrito de Intetchaou, el centro del Agamé, donde pensaban pasar la estacion de las lluvias, esto es, de junio á setiembre. Mientras llueve, los torrentes se precipitan furiosos, no se puede transitar por los caminos, ni se pueden atravesar los rios, porque no hay puentes, en suma, todas las comunicaciones se interrumpen. Apenas instalados en la aldea de Addi-Hallellé, los viajeros inventaron modo de pasar el tiempo. Como las noches eran claras, las aprovecharon para hacer observaciones astronómicas. De día recibian visitas y recogian preciosas noticias sobre la historia del país y sobre sus divisiones geográficas. La caza, que constituye un agradable pasatiempo, aumentaba sus conquistas científicas y enriquecia la mesa, así como tambien se ocupaban en formar colecciones de pájaros, de insectos y de plantas.

Con este trabajo tan variado y lleno de atractivos lograron acortar aquellos meses de la estacion de las lluvias. Por fin se acercaba el término del descanso.

A la conclusion de setiembre cesaron las aguas y pasaron súbitamente á una estacion deliciosa. Inmediatamente se dirigieron á Antalo, capital del Euderta.

A principios de este siglo, Antalo era una poblacion importante; pero en el día se halla reducida á doscientas ó trescientas chozas abrasadas por el sol y que se ocultan en medio de los *colquales*. El *colqual* es un árbol, ó por mejor decir, una planta particular de Abisinia y que se asemeja á un gran candelabro.

En el momento en que nuestros viajeros llegaron á Antalo, el gobernador de la provincia acababa de salir para una expedicion; y en su ausencia, un rico comerciante Hoylo-Mariam, les ofreció la hospitalidad. Despues de haberles felicitado porque habian venido á visitar la provincia, en donde hacia años que no habia puesto los piés ningun viajero, les hizo el honor de presentarles á su señora.

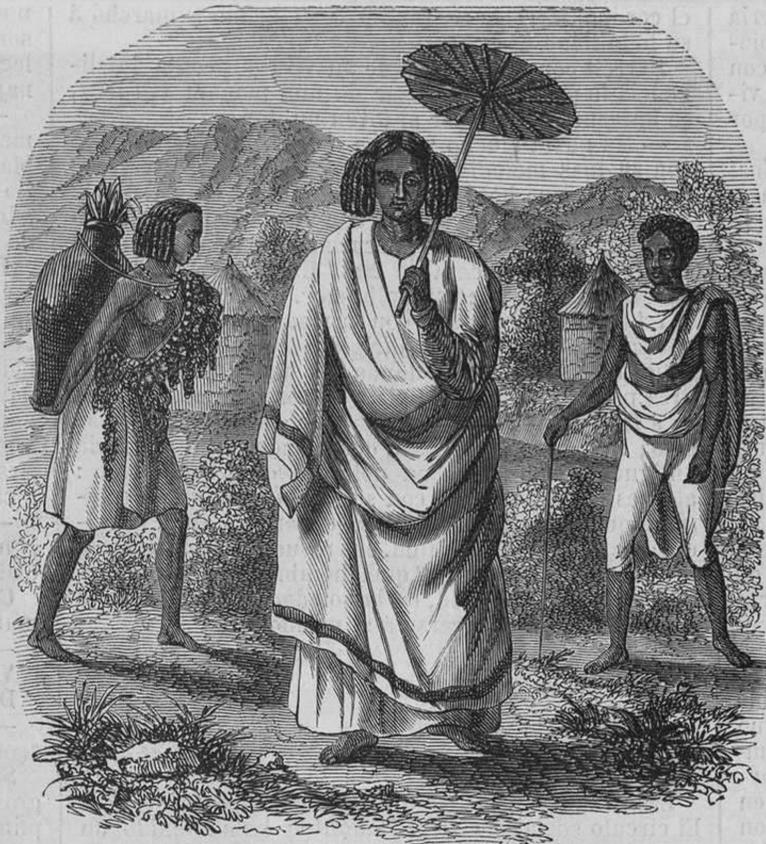
La señora de Haylo-Mariam tenia sin duda mas de diez años, pero representaba menos de catorce. Era una preciosa criatura, amable y obsequiosa. Advertida de que tenia visita de extranjeros quiso presentarse con todas sus galas; y llevaba como las notables del país un *taube* de una blancura inmaculada, realzado con una banda escariata, brazaletes de plata, las uñas teñidas de encarnado, y en su cabellera rizada se veia una densa capa de manteca, que al contacto de una atmósfera ardiente se habia derretido y corria por sus hombros y por su garganta.

Nuestros viajeros dirigieron algunos cumplidos á la bella hija de Antalo, que respondió con una afable sonrisa.

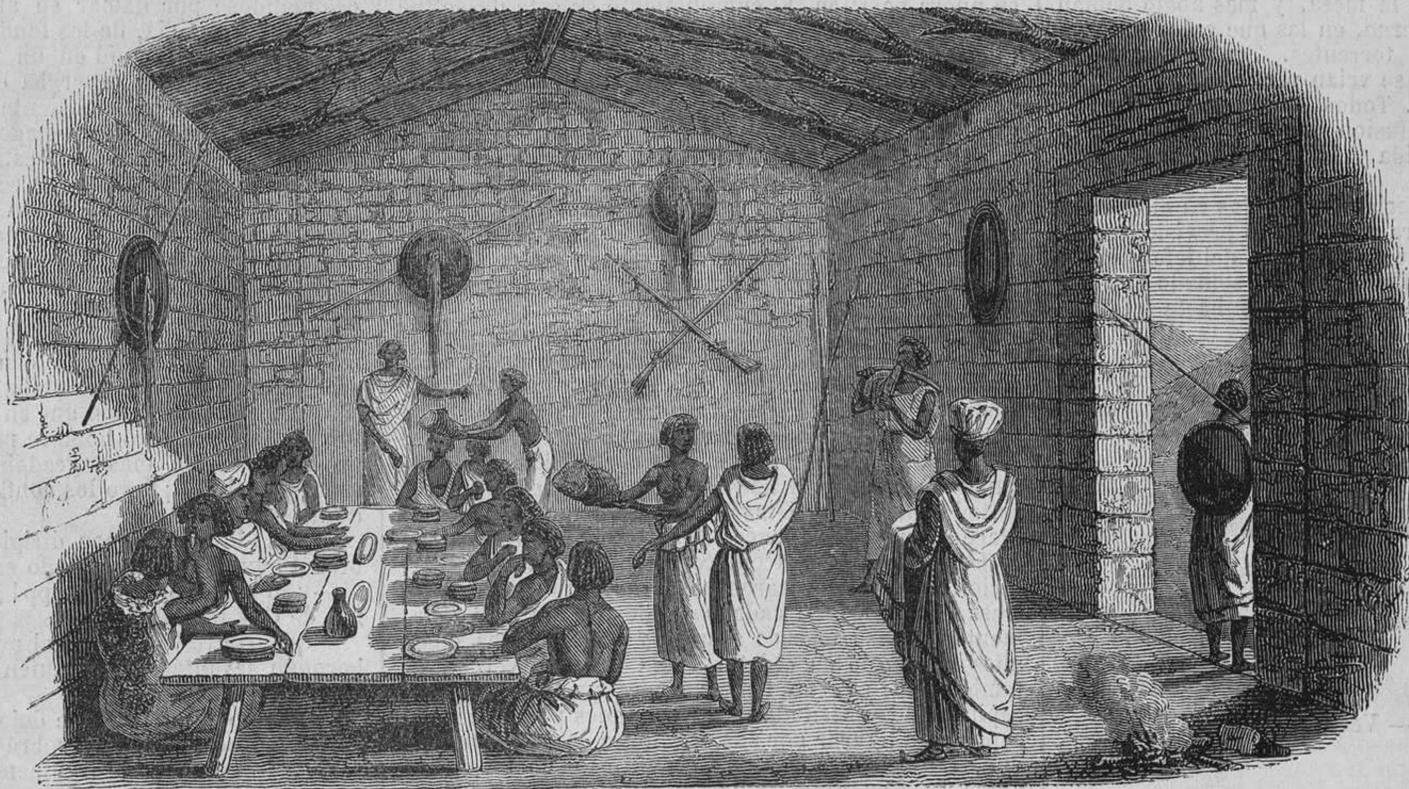
Llamó y acudió una vieja á lavar los piés á los viajeros.

Despues sacaron un enorme jarro de hidromel y al punto se entabló la conversacion animada por el espumoso licor. Su objeto principal fué la Francia y las mujeres de Europa. Haylo-Mariam y su esposa, parecieron maravillados de todo lo que oian y se empeñaron en retener á los viajeros; pero estos no olvidaban sus tareas y arrancándose de los hechizos de tan agradable hospitalidad, comenzaron á explorar el país en todas direcciones.

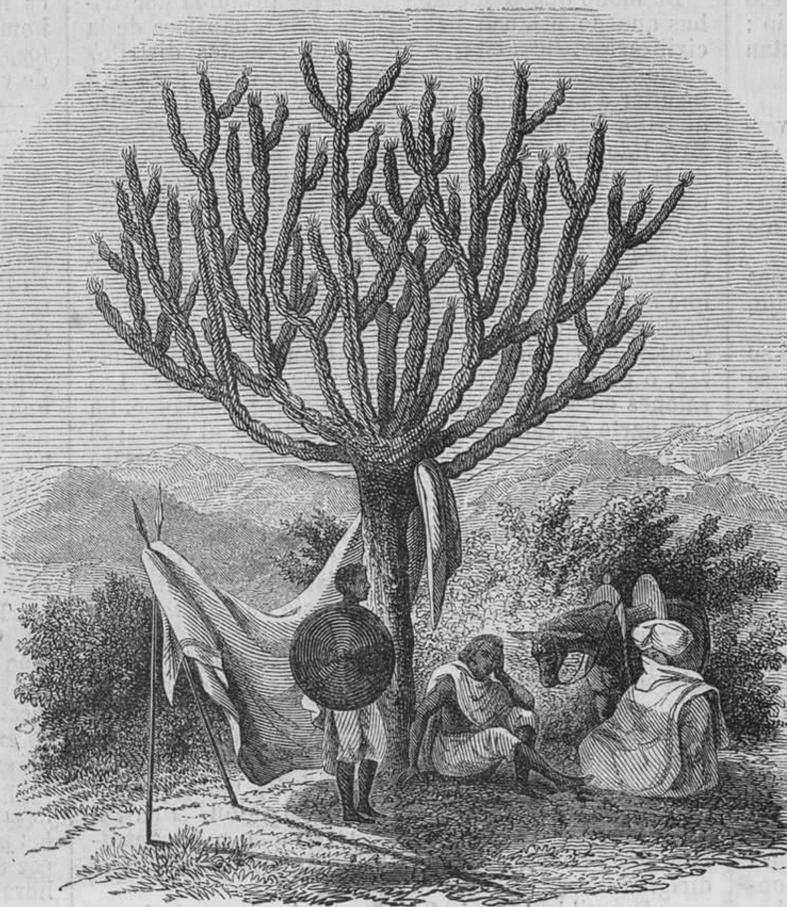
Los viajeros no pasaron mas de un mes



ABISINIA. — Traje de las mujeres de Abisinia.



Comida de carne cruda.



El colqual.

en el Euderta; y sin embargo, en este corto espacio de tiempo pudieron rectificar la posicion de Tehelicot, ciudad sagrada, señalada en todos los mapas con un exceso de quince leguas al Este; llegaron hasta las fronteras de los Taltals, y visitaron la embocadura del Guebah; hicieron varias séries de observaciones barométricas; estudiaron la constitucion geológica del terreno, y enriquecieron sus colecciones con plantas raras, conchas fósiles, pájaros é insectos totalmente desconocidos.

Seguidamente dispusieron su marcha á Goudar, y con un guia que les llevó hasta el Tacazzé, se pusieron en marcha por el camino mas corto.

La direccion era el sudeste.

Llegados á Sambré, residencia del gobernador, se encontraron con un jefe hospitalario y generoso que les hizo la mejor acogida, y para festejarles, les dió un banquete en su campamento. Oficiales y soldados, grandes y chicos, tuvieron su parte en la fiesta.

Aquí dejamos hablar á los viajeros que describen el festin como si hablaran de los del mundo antiguo:

« La sala del festin era un inmenso cobertizo de ramajes, donde habian puesto grandes mesas de mimbre elevadas como á dos piés del suelo. En estas mesas, y delante de cada convidado, habia á guisa de platos, enormes montones de galletas, hechas las unas con harina del *teff*, y las otras con harina de trigo, del *dourah*, de cebada y habas.

» Los panes de *teff* mas estimados y mejores, estaban sobre los otros y se destinaban á los sacerdotes, á los oficiales, á los jefes de distrito que componen los convidados de la primera série; y el resto era para los convidados de la segunda, esto es, para los soldados, la gente del pueblo, los chicos y las mujeres.

» En tanto que la primera série está en la mesa, la segunda se queda en pié apoyada en las paredes de la sala, y espera impaciente que le llegue el turno.

» El jefe Ato-Rema ocupaba la cabecera de la mesa. Estaba sentado en un *sarir* cubierto con una hermosa alfombra y rodeado de almohadones. Com-

partimos con él la honra del *sarir*, uno á su derecha y otro á su izquierda, en tanto que los demás convidados cruzaron las piernas como los turcos para sentarse en el suelo cubierto de yerba fresca.

» Ante todo el sacerdote dijo la oracion, todo el mundo se santiguó y respondió *Amen*, despues de lo cual comenzaron á servir los criados. Sacaron el *brasidu*, manjar favorito de los abisinos, que no es otra cosa que carne cruda; casi podriamos decir carne cruda. Sí, es carne cruda, caliente todavia, y el que la come la siente palpar bajo sus dedos. Acababan de matar dos bueyes enormes allí, á nuestra vista; y el mayordomo se acercó al jefe y le presentó un solomillo entero. El jefe se cortó un pedazo que debia pesar algunas libras; nosotros seguimos su ejemplo, aunque en menor escala, y nuestros vecinos por turno hicieron otro tanto.

» Otros criados circulaban al mismo tiempo en torno de la mesa, presentando pedazos monstruosos, y los convidados se servian abundantemente.

» En aquel instante la sala ofreció un espectáculo nuevo para un europeo. Diremos desde luego que todos los convidados nos parecian desnudos. Con efecto, la etiqueta abisinia exige que en las comidas se quite el *taube* de los hombros y se ciña á la cintura. Todo el busto queda, pues, á descubierto, y nosotros no veiamos mas que lo alto del cuerpo, puesto que la mesa nos ocultaba la parte inferior. A esto hay que añadir la voracidad de aquella gente. Todos aquellos hombres, que parecian demonios, mordian en los pedazos de

carne cruda con una avidéz salvaje. La sangre corría de todos los labios, todas las manos estaban enrojecidas de sangre, y la sangre animaba los ojos con una feroz alegría. En medio de aquella espantosa visión, una aberración muy natural nos hacía creer por momentos que estábamos entre antropófagos.

« Unos cortaban la carne á tiras entre su dedos, otros mordían fuertemente en el pedazo que tenían en la mano, y pasando con destreza el cuchillo entre la mano y la cara, cortaban lo que querían comer. Hay mas aun. La práctica del cuchillo era muy singular; pero la singularidad tomaba un carácter espantoso en los soldados que estaban de pié, y que por favor especial habían obtenido un pedazo de carne mientras le llegaba el turno de sentarse. Los soldados usaban el sable en vez de cuchillo. ¡Imaginaos unos sables corvos como hoces y que pasaban incesantemente por delante de los labios de aquellos convidados de la última hora! Nosotros admirábamos su voracidad, pero temblábamos, pensando cuán fácil era que el filo les cortara la nariz y el rostro.

« Despues que circuló el *brundu* cubrieron la mesa con grandes fuentes llenas de carnes preparadas de distintos modos; unas contenían carne picada, otras piernas de carnero, todo ello bien rociado de pimientas encarnadas. También ponían costillas de buey, cuya carne colgaba cortada en largas tiras.

« La comida sólida llega á su fin, y sacan las bebidas. Los abisinios no beben cuando comen, sino que comen primero y beben despues. Es la única costumbre de los indígenas con que no pudimos conformarnos. Por lo demás, si había habido prodigalidad en las carnes, hubo profusion en los líquidos. Sacaron enormes cántaros, unos llenos de hidromel, (*tech*), otros de una especie de cerveza que llaman *buza*. El *tech*, que vaciaban en botellitas de vidrio blanco, fué servido á la cabeza de la mesa, y mas abajo bebían cerveza en las copas de cuerno, en las que cabía un litro. *Tech* y *buza* corrían á torrentes. Tan pronto como llenaban las copas, ya se veían vacías. Fácil es adivinar el fin de la fiesta. Todos hablaban, todos gesticulaban á la vez, confusion y barullo: doble embriaguez, la de la bebida y la de las palabras y las risas.... »

Los viajeros permanecieron dos días en el campamento de Ato-Rema para comprar las provisiones que necesitaban; y luego se despidieron del jefe y salieron de Sambre, acompañados de un soldado que había recibido orden de acompañarlos hasta el Taccazzé.

R. S.

(Se concluirá).

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuación. — Véase el N^o 1,006.)

— Hoy tengo un poquito de reunion.

E hizo una pausa.

Darrell permaneció mudo, Lionel no sospechaba lo que su madre iba á decir, Mrs. Haughton prosiguió:

— Habrá concierto, algunas amigas mías cantan admirablemente... en italiano.

Darrell saludó. Lionel empezó á temblar.

— Y si yo pudiera pensar que eso os podría divertir, M. Darrell... ¡Oh! yo tendría tanto placer en veros!...

— ¿De veras? dijo Darrell con tono breve. Entonces no obraría yo bien si dejara de venir. Lionel me acompañará. ¿Vos le esperáis, por supuesto?

— Es claro. Aunque él tiene otras muchas buenas partes donde ir, sin embargo, como es tan buen hijo, lo abandona todo por complacer á su madre.

Lionel, lleno de angustia, se volvió de espaldas á su madre, movimiento poco digno de un buen hijo, y se puso á mirar obstinadamente por las vidrieras; pero Darrell, no considerándose ofendido por una revelación, que en el concepto de Mrs. Haughton no tenía nada de ofensiva para él, se contentó con sonreír por la opinion que la buena señora había formado de Lionel y respondió sin que acompañara á sus palabras su habitual sonrisa.

— A Lionel le gusta complacer á su madre, y yo os doy las gracias por haberme invitado á participar de su satisfacción.

Mas y mas satisfecha, y contenta por haber obedecido á su inspiración Mrs. Haughton siguiendo á Darrell hasta la puerta, añadió:

— Y si sois aficionado á una modesta partida de whist...

— Nunca toco las cartas. Odio hasta el nombre de ellas, señora, dijo Darrell interrumpiéndola con un tono menos amable.

Darrell montó á caballo y Lionel, alejándose bruscamente de Mrs. Haughton que le aseguraba que monsieur Darrell, no era en un todo lo que ella había creído, que era un verdadero gentleman, mas aun que

el coronel Morley, se reunió á su primo y marchó á su lado lleno de confusion y de vergüenza.

Darrell con la bondad que su viva y pronta inteligencia le permitía expresar de una manera tan feliz, se apresuró á consolar al jóven militar.

— Me gusta mucho vuestra madre, muchísimo, dijo con su mas melodioso acento. Ahora veo, excelente jóven, por qué habeis renunciado á ir á casa de lady Dulcett. Id á galopar solo ó con vuestros jóvenes amigos, y no dejéis de ir á buscarme á las diez para que vayamos juntos á casa de Mrs. Haughton. Mas tarde iré al concierto si estoy de humor.

Y haciendo un saludo con la mano, hizo dar media vuelta á su caballo y se dirigió hácia esas hermosas calles de los arrabales, donde los habitantes de Londres pueden gozar de la vista de los campos y sentarse á la sombra de los apacibles árboles. Quería estar solo; Mrs. Haughton había despertado en su memoria antiguos recuerdos en un doloroso encadenamiento: alegres conversaciones con su antiguo amigo de colegio, aquel Charlie tan loco, ya encerrado en el sepulcro; su laboriosa juventud, sus resueltas aspiraciones, sus secretos disgustos. Aquel hombre necesitaba fortalecerse en la soledad, en la soledad que es donde el hombre llega á conocerse á sí mismo.

IV.

Las grandes naciones tienen modestos principios. El círculo social de Mrs. Haughton había tenido un centro muy humilde. Cuando entró en posesion de su renta, y se estableció en su casa en Gloucester Place, sintió el deseo natural de tener visitas en armonia con su nueva posición. El cumplimiento de este deseo fué dilatado por la sensación que le produjo el viaje de Lionel á Paris, y la *inmensa tentación* á que habían expuesto á la viuda en su soledad las atenciones del falso Courtenay Smith; pero así que se repuso de la vergüenza y de la cólera que había experimentado por aquel brillante impostor volvió á sentir aquel deseo con mayor violencia; porque la buena señora comprendía que con una imaginación tan viva y tan inquieta como la suya, la sociedad sería el mejor preservativo contra ese aburrimiento que en la soledad predispone á las viudas á prestar un oído imprudente á los suspiros de los aventureros.

Empezó por determinar las familias que en otros tiempos habían sido sus mas amables inquilinos, y que en la actualidad vivían en otra parte, les informó por medio de políticas cartas de cómo había mejorado de suerte, en la seguridad (así decía en su carta) que se alegrarían de su bien. Aquellas cartas iban acompañadas de tarjetas, y necesariamente tuvieron por resultado cartas y tarjetas en contestación. Gloucester Place se preparó entonces á tener una reunion. Los *ci-devant* inquilinos aceptaron políticamente su invitación. A su vez invitaron para sus reuniones á mistress Haughton. De cada casa llevaba un nuevo elemento para su círculo social, y antes de los cinco años consiguió su objeto. Tenía VISITAS. Verdad es también que ella no tenía grandes pretensiones; no aspiraba á ser visitada por los grandes personajes, no aspiraba á figurar por sus reuniones en las columnas del *Morning-Post*; la buena señora solo quería entregarse á sus instintos sociables, y como era orgullosa, prefería recibir á personas que la considerasen como superior.

De modo que Gloucester Place fué invadida por tribus que no estaban habituadas á la atmósfera de la civilización. Hengistas y horsas de remotos distritos anglo-sajones atravesaban el canal divisor, para ir á insultar á la nacionalidad británica de aquel salubre distrito. Para la mayor parte de aquellos emigrados, Mrs. Haughton de Gloucester Place, era una persona de la mas alta distinción. Algunos otros que ocupaban una posición mas elevada, aunque conocían que en casa de Mrs. Haughton había una sociedad muy extraña por su poca homogeneidad, sin embargo, una vez seducidas, volvían de nuevo á ella. Eran personas que aunque de una fortuna independiente, y un noble apellido, tenían pocas relaciones en la capital, procedentes del continente, donde habían ido á economizar, ó de distantes provincias de los tres reinos. Los salones de Mrs. Haughton estaban muy iluminados. En una parte se cantaba, en otra se jugaba al whist; el té, los helados, los dulces circulaban por todas partes entre la multitud.

A las diez, cuando los salones estaban ya casi llenos, y Mrs. Haughton en pié cerca de la puerta se estremecía de placer al pensar que pronto estarían completamente llenos, el primer criado que llegaba con helados del repostero vecino anunció en alta voz:

— ¡M. Haughton!... ¡M. Darrell!

Al oír el último nombre, un estremecimiento de admiración recorrió toda la asamblea. Aquel nombre que estaba entonces en todas las bocas, sobre todo en esa clase media, de la cual dependen los gabinetes aunque ciertas personas delicadas digan que es una triste mezcla, aquel nombre no podía menos de ser familiar á los tertulios de Mrs. Haughton. Mientras Darrell subía la escalera la señora de la casa contestaba llena de orgullo á las infinitas preguntas que la dirigían.

« ¡Darrell! ¡cómo! ¡Guy Darrell! ¡el grande hombre del día! ¡Es uno de vuestros parientes! ¡Cómo no

nos habíais dicho nada? » Mrs. Haughton se llenó de sorpresa. ¿Tendría razón Lionel? ¿Aquel hombre, el legista de Holborn, era en realidad tan gran personaje, el grande hombre del día? No, qué locura.

— Señora, dijo un gentleman pálido, de hinchadas mejillas y nariz aplastada, que con su gran chaleco blanco, esperaba á su lado que se desocupase un sitio en una de las dos mesas de whist; Señora, yo soy admirador entusiasta de M. Darrell. Decís que es uno de vuestros parientes, presentadme á él.

Mrs. Haughton sumamente agitada hizo una ligera inclinación de cabeza cuando el gentleman terminó su demanda, dando un golpe con la mano á su gran tabaquera de oro. Darrell estaba en su presencia, Lionel á su lado manifestando en su cara evidentes señales de vergüenza. El grande hombre pronunció algunas políticas palabras, y ya iba á deslizarse al salón inmediato cuando el del chaleco blanco, tocando á Mrs. Haughton en el brazo y mirando á Darrell, cara á cara, dijo en muy alta voz:

— En estos días críticos, los hombres políticos, deben prescindir de ciertas ceremonias. Tened la bondad de presentarme á M. Darrell.

Comprometida de tal modo la pobre Mrs. Haughton, murmuró con los ojos bajos:

— M. Adolfo Poole... M. Darrell.

Y se volvió para recibir á otros recién venidos.

Darrell miró á aquel hombre y dijo entre sí:

— Si yo ejerciese aun mi profesión de abogado, sentiría tener que defender á este individuo.

Sin embargo contestó á aquel saludo con la mayor gravedad, volvió á saludar despues de algunos cumplimientos que M. Poole hizo seguir á su frase de introducción, se consideró « muy lisongeadó » y pensó que quedaria ya libre de aquel hombre; pero por donde quiera que marchaba, M. Poole seguía á su lado esforzándose por llamar su atención, hablándole de los asuntos del día, de los fondos, del tiempo. Por último Darrell distinguió en un rincón á un excelente hombre á quien no esperaba encontrar en un salón de Londres. Era un negociante influyente de Oulzeford, el cual le había prestado útiles servicios en las elecciones tanto por la alta estimación de que gozaba personalmente como por sus relaciones. En cualquier tiempo hubiera experimentado Darrell una sensación agradable al volver á ver á aquel hombre; pero en aquel momento casi le miró con gratitud.

— Perdonad, dijo bruscamente á M. Poole, voy á saludar á un antiguo amigo.

Al dirigirse á aquel lado, la multitud que era ya mas compacta abrió paso con respeto al eminente orador. A su paso se levantaba un murmullo de admiración menos contenido que en las reuniones mas aristocráticas. Para otro hombre mas vano aquel murmullo hubiera sido mas agradable que los mas bellos cantos de Grisi. ¡Pero los confites llegaban demasiado tarde!

Cuando llegó al rincón dirigió las siguientes palabras á aquel hombre sentado en la soledad:

— ¡Mi querido M. Harttopp! ¿No os acordáis ya de mí, de Guy Darrell?

— ¡M. Darrell! exclamó el ex-corregidor de Gatesborough levantándose, ¿quién había de pensar que vos os acordaríais de mí?

— ¿Cómo es posible que deje de recordar aquellos diez obstinados electores sobre los cuales había sido vano todo mi poder de argumentación? Llegásteis vos, y con estas solas palabras: « ¡John, Ned, Dick... haced lo que yo os digo, votad por Darrell! » Convencísteis á aquellos hombres, y se ganó la votación. Esto es lo que se llama elocuencia. (*Sotto voce*.) ¡Aquel hombre maldito! Aun quiere seguirme. (*Aparte á Harttopp*). ¿Podreis decirme cómo se llama ese caballero de chaleco blanco?

— Poole, respondió Harttopp.

— ¿Y qué es él?

— Especulador. Ahora está interesado en una nueva compañía que parece ha de dar buenos resultados. Williams (que es mi primer dependiente) ha tomado algunas acciones, y quería que yo hiciera lo mismo; pero á mí no me gustan las sociedades de ese género. M. Poole será tal vez un hombre muy honrado, pero á mí no me inspira mucha confianza. Por otra parte, como me he llevado ya algunos chascos, evito las compañías, sobre todo, cuando prometen un 30 por 100 y explotan minas de cobre; y M. Poole es justamente una mina de cobre lo que explota.

— En efecto, ese hombre no tiene buena cara. Pero, ¿cómo es que habeis venido á Londres, M. Harttopp? Si mal no recuerdo, vos estábais establecido en Gatesborough la última vez que nos vimos.

— Allí sigo aun, ó por mejor decir, en sus inmediaciones. Me voy retirando gradualmente de los negocios y aficionándome cada vez mas á la vida del campo. Pero tengo una familia, y nosotros vivimos en un siglo en que los hijos tienen necesidad de una educación mas esmerada que sus padres. Mrs. Harttopp ha pensado que nuestra hija Ana Maria necesita algunas lecciones para perfeccionar su educación. Ana Maria es extremadamente aficionada al arpa, y hemos tomado en Londres una casa para seis semanas. Mrs. Harttopp está allí, aquella que lleva un pájaro sobre la cabeza, el ave del paraíso segun creo. Williams dice que los pájaros de esa especie no se posan jamás; pero ese es una excepción, porque cada noche permanece horas enteras sobre la cabeza de Mrs. Harttopp desde que estamos en la ciudad.

— Eso es una señal de vuestra felicidad conyugal.

— ¡Ojalá lo sea de la de Ana María, que debe casarse cuando haya terminado su educación con el hijo de vuestro amigo Jessop, de Ouzelford, y aquí para inter nos; por esa razón he consentido venir á Londres. Creed que yo no hubiera hecho que la educación de mi hija terminara de este modo si su futuro no se hallara dispuesto á aceptar la responsabilidad de los resultados.

— Vos conservais siempre el mismo tacto y la misma prudencia, M. Hartopp, y estoy seguro de que ni aun vuestra bella esposa os hubiera hecho venir á Londres á menos de que vos no lo hubierais decidido así. Me acuerdo de lo que os dije el día que hicisteis terminar tan hábilmente una disputa promovida en nuestro comité: «Bueno es que no hayais nacido rey, porque habriais sido un tirano irresistible.»

— ¡Silencio! dijo Hartopp lleno de alarma, ¡si mister Hartopp os oyera! ¡qué observador sois! Yo también creía ser buen fisionomista, pero una vez he sido engañado. A vos no os habrán engañado nunca.

— Os engañais, respondió Darrell estremeciéndose. ¡Pero vos engañado! ¿Y cómo?

— ¡Oh! es una larga historia, señor. Era un hombre de edad, el mas agradable, el mas amable compañero, á pesar de ser un vagabundo. Llevaba en su compañía una niña lindísima, que era su nieta. En su juventud debía haber sido un calavera, pero yo creía que aun conservaba en su corazón nobles sentimientos. (Darrell á quien aquella narración no interesa en lo mas mínimo, comprime un bostezo preguntándose cuándo terminará su cuento aquel hombre.) Pues bien, en el momento en que decía en mi interior: «Yo soy buen fisionomista, nunca he sido engañado,» en ese mismo momento llegó á mi casa un joven, el hijo de aquel hombre, y me dijo, ó por mejor decir, una señora que le acompañaba, que aquel amable gentleman anciano, á quien yo creía de tan nobles sentimientos, era un malhechor, sentenciado por haber robado á su principal, el cual había ya cumplido su condena.

Pálido, sin aliento, Darrell escuchaba ahora con la mayor ansiedad.

— Cuál era el nombre de... de...

— ¿Del convicto? El decía llamarse Chapman, pero el nombre de su hijo era Losely... Jasper.

— ¡Ah! dijo Darrell, ¿y vos hablabais de una niña?

— La hija de Jasper Losely; este iba á reclamarla, autorizado por un magistrado. Aquel miserable viejo la llevaba consigo para enseñarla su oficio de ladrón, según creo. Felizmente estaba aun en mi poder. Se la devolví, pues á su padre, y á aquella respetable señora que le acompañaba. Alguna parienta suya sin duda.

— ¿Recordais el nombre de aquella señora?

— Crane.

— ¡Crane! ¡Crane! murmuró Darrell, haciendo un vano esfuerzo por encontrar aquel nombre en su memoria. De modo, que vos estais seguro de que aquel hombre dijo que la niña era hija suya.

— ¡Oh! así me lo dijo él, y aquella señora también. ¿Pero los conocéis acaso, señor?

— ¡Yo!... No. Solo los conozco de reputación. ¡Impostores, infames impostores! Pero es raro que el padre haya sido denunciado por el hijo.

— Lo mismo digo yo. ¿Pero creéis que el padre era en realidad un malhechor, sin una excusa, sin circunstancias que atenuaran sus crímenes?

Darrell no respondió nada, pero su rostro había cambiado de expresión. Implacable, duro, sombrío, aquel semblante, era el de un joven inexorable. Hartopp, retrocedió al advertir aquella expresión.

— ¿Pensais que yo no me conduje bien? dijo el buen hombre.

— Pienso que hemos hablado ya de mas de esos miserables, y os aconsejo que arranqueis de vuestro corazón cualquier recuerdo de las relaciones que hayais podido tener con ellos, y no repitais á otras personas lo que me acabais de decir. Los hombres de honor deben aislarse hasta en sus pensamientos, de todo contacto con semejante canalla.

Y Darrell se separó bruscamente de M. Hartopp, atravesó rápidamente por entre la multitud, indicó apenas á M. Haughton con un ligero movimiento que se retiraba, y sin pensar en Lionel bajó rápidamente la escalera. Buscaba con impaciencia su capa cuando oyó á su lado una voz que le dijo: «Permitid que os ayude, caballero.» Darrell se volvió vivamente y vio otra vez á su lado á M. Adolfo Poole. Es necesario un trato habitual con iguales para que un hombre de nervios irritables y de un carácter franco pueda llegar á ejercer un imperio absoluto é invariable sobre sí mismo. Darrell trataba á las personas á quienes amaba en realidad, con paciencia y dulzura; para aquellas que le eran indiferentes, tenía una política imponente; pero cuando se creía ofendido, llevaba la rudeza hasta la impolítica.

— Caballero, exclamó hiriendo el suelo con el pie, vuestras importunidades me incomodan; os prevengo que ceséis en ellas.

— ¡Oh! yo os pido perdón, dijo M. Poole irritado. Yo no quiero violentar á nadie. Pero os ruego que creais que si yo quería entablar conocimiento con vos era para hacerlos un servicio, un servicio particular, caballero.

Después bajando la voz y llevándose un dedo á la nariz añadió:

— Ciertamente Jasper Losely, caballero... Os aseguro, señor mio, que yo no quiero mezclarme en los asuntos de nadie, respeto los secretos de familia. Tal vez pueda yo ser útil, tal vez no...

— A mí, de ningún modo, dijo Darrell que ya había encontrado su capa echándosela sobre los hombros y saliendo precipitadamente de la casa.

Cuando subió á su carruaje, el lacayo esperaba sus órdenes, Darrell permaneció algun tiempo en silencio.

— A cualquier parte durante media hora, dijo por último. A Saint-Paul, luego á casa.

Después volviendo de su paseo sin objeto por la City, Darrell tiró del cordón.

— A Belgrave Square, á casa de lady Dulcett, dijo:

Llegaba á la mitad del concierto; pero Flora Vyvyan aun le guardaba como le había prometido, un lugar cerca de ella. En aquel momento lo ocupaba uno de sus obedientes vasallos, á quien se lo había prestado. Su semblante brilló lleno de alegría cuando vió que Darrell se acercaba. El vasallo dejó el asiento que ocupaba. Darrell parecía del mejor humor; yo creo firmemente que hacia todos los esfuerzos posibles para... ¿Para qué? ¿Para hacerse agradable á Flora Vyvyan? No, para hacer que Flora Vyvyan le agradara. No tenía la presunción de creer que aquella joven hermosa podía enamorarse de él; quizá creía aquello imposible á sus años. Quería una cosa que parecía mucho mas fácil, y era mucho mas difícil, quería hacerse amable para él mismo.

V.

Son las once de la mañana, Samuel Adolfo Poole está en su gabinete. La casa que ocupa es uno de esos nuevos edificios que se construyen todos los años en el Norte de Regent's Park, y los cuales demuestran la excentricidad del carácter nacional. Dan ocupación á la inauguración del arquitecto, y ponen á prueba la gravedad del transeunte que los contempla. En efecto, se ha puesto en tortura la imaginación para hacer que cada una de aquellas casas forme contraste con las que la rodean. En un pequeño espacio parecen confundidos todos los tiempos, todas las razas. El número 1 es una tumba egipcia; el número 2 un chalet suizo; Guillermo Tell podría ejercer en su jardín su habilidad de cazador. ¡Mirad la severidad de las columnas dóricas! ¡Esparta se levanta ante vuestros ojos! ¡Ved mas lejos el pórtico gótico que os transporta á la época de los normandos! ¡Ah! esa es la arquitectura de Isabel. Sidney y Raleigh vuelven á levantarse. ¡Esos son los enrejados de la China! Venid también vosotros, Confucio y el comisionado Yeh. Dad algunos pasos mas, y os encontrareis en el país de los Zegries y los Abencerrajes.

«Land of the dark-eyed Maid and dusky Moor.» (1)

La casa de M. Poole se llama «Alhambra villa.» Ved ahí el estilo morisco en todo su vigor; á la espalda de la casa un jardín; por delante otro jardín mas pequeño; algunas gradas conducen á un pórtico que tiene dos leones, uno á cada extremo, que parecen dos perros de aguas. Todo está nuevo y brillante; las paredes son de estuco que imitan perfectamente la piedra.

M. Poole se ha casado con una mujer rica y ha variado completamente en los cuatro ó cinco años que hace que no le hemos visto. Cuando un hombre se casa y varia de conducta, y especialmente cuando el casamiento y la reforma de sus costumbres van acompañados de un aumento de renta, los parientes que antes no le hacían caso le tratan con el mayor agasajo, el mundo antes tan rígido llega á ser indulgente para él. Eso le pasó á Poole. Nuestro hombre abandonó su género de vida, y sus malas compañías. Mistress Poole era una mujer razonable, le había hecho alquilar aquella casa y sabía gobernarla prudentemente. El tío Samuel es el que ha encontrado aquella digna mujer, y después de pagar las deudas de su sobrino, ha añadido una cantidad redonda á la fortuna de la señora, constituyendo el todo á nombre de la esposa y de los hijos, para que Poole pueda tener la satisfacción de persuadirse de que aunque él falte, aquellos seres queridos no tendrán que sufrir los reveses de la fortuna; pues aunque se viera perseguido de acreedores la ley tiene que respetar tan sagrados derechos.

M. Poole era un hombre activo, un profundo político, se suscribía para todas las obras públicas de caridad, asistía á los banquetes públicos, tenía votos en media docena de instituciones públicas, hablaba de las cuestiones políticas, y se llamaba hombre político. Buscaba la compañía de las personas que se ocupaban de negocios. Se formó una sociedad por acciones, y obtuvo un puesto oficial en su consejo de administración, con un sueldo, que no era excesivo en verdad, pero que al fin era un sueldo.

— Yo no quiero dinero, decía Samuel Adolfo Poole, yo lo que quiero es ocuparme en algo.

M. Poole estaba en su gabinete, leyendo cartas y arreglando papeles antes de salir para su oficina, situada en el West End. Mrs. Poole entró con un niño que aun no podía andar solo, aunque un interesante ensanche en la cintura de la buena señora, indicaba el

(1) El país de las vírgenes de negros ojos y los moros de tez morena.

amable designio de dar á aquel niño en una época no remota un hermano ó una hermana.

— Ven á dar un besito á papá, Johnny, dijo al niño.

— Estoy ocupado, Mrs. Poole, murmuró el papá.

— Papá está ocupado, trabajando para su niño. Johnny podrá así vivir mejor algun día, dijo Mrs. Poole, haciendo dar un salto al niño en compensación de la pérdida del beso paternal.

— Mrs. Poole ¿qué se os ofrece?

— ¿Podré alquilar hoy por dos horas un carruaje? tengo algunas visitas que hacer. ¿Queréis que deje una tarjeta por vos, amor mio, en casa de alguna persona de importancia, por ejemplo, en casa de aquel señor á quien fuisteis presentado anoche en casa de Mrs. Haughton.

— No me habéis de ese hombre, ya os he dicho que me ha insultado.

— ¡Insultado á vos! No me habeis dicho nada.

— Os lo dije ayer al volver á casa.

— Querido mio, yo creí que hablabais de M. Hartopp.

— También él puedo decir que me ha insultado. Mrs. Poole, sois estúpida y cargante. ¿Es eso todo lo que teniais que decir?

— Papá está de mal humor, Johnny mio. ¡Pobre papá! Algunas gentes perversas le ponen de mal humor. Vámonos, no le incomodemos.

Aquella dulzura angelical, aquella mansedumbre hubieran ablandado al mismo Tamerlan. La expresión de enojo de Poole desapareció. Si las mujeres supiesen cómo debe tratarse á los hombres, no se encontraría desde el uno al otro polo un marido á quien no dominase su mujer, y á Poole, á pesar de su mal genio, le gobernaba aquel ángel como un oso es gobernado por su guardián.

— Perdonadme. Estoy fuera de mí estos días. Dejad que tome á Johnny.

Y cogió al niño para darle un beso, y el niño en cambio llevó sus deditos al ojo izquierdo de papá, y empezó á llorar por no haber logrado saltárselo.

— Tomad el carruaje. Dejadéis esta tarjeta por mí en casa de M. Peckham, Harley Street. Mi ojo me duele horriblemente. Pero ¡calla! llaman á la puerta. Corred pronto y mirad quién es.

Mrs. Poole obedeció con toda la ligereza que le permitía su estado interesante. Al medio minuto estaba de vuelta.

— ¡Ah! ¡Samuel! ¡oh! ¡Adolfo mio! Es ese hombre de malas trazas que estuvo aquí la otra noche. No quiero que entre aquí. Voy á hacer que le digan...

— Es necesario, dijo Poole poniéndose aun mas pálido que de costumbre, que yo reciba á ese hombre. ¡Esperad! Impedid que la muchacha vaya á abrir la puerta y dejadme.

En seguida cogió el sombrero y los guantes, y dando un empujón á la criada, que habiendo oído la campanilla se dirigió rápidamente á la puerta, atravesó el jardinillo.

Jasper Losely esperaba en la puerta. Jasper no iba ya andrajoso; pero estaba groseramente vestido, como si hubiera ya renunciado á la idea de parecer bien. Llevaba una camisa de algodón y un chaquetón de paño basto.

Poole hizo un movimiento aparentando sorpresa.

— ¡Cómo! ¿Sois vos? dijo. Justamente iba á mi oficina. Estoy sumamente ocupado.

— No tengais prisa, tengo que hablaros, dijo Jasper.

— ¡Cómo! ¿Ahora? Bueno, pasad; pero tened presente que solo puedo disponer de cinco minutos.

El grosero visitador siguió á Poole á su despacho, y cerró la puerta.

Apoyando sus brazos en un sillón y con el sombrero puesto todavía, Losely fijó sus feroces ojos en su antiguo amigo, y dijo en voz baja, pero con decisión:

— Ahora, miradme bien, Poole; si queréis desembarazaros de mí pretextando negocios, me oireis en medio de la calle. ¿Habeis ido á casa de Guy Darrell á hablarle de mi asunto? ¿Sí ó no?

— Anoche encontré á M. Darrell en una reunión elegante. (Poole juzgó prudente no decir de qué elegante reunión hablaba para no recordar á Jasper que en otro tiempo había sido su confidente en sus proyectos sobre Mrs. Haughton, y no insistiera en que le presentase de nuevo á aquella dama.) Una elegante reunión, repitió Poole. Hice que me presentaran á Guy Darrell, que estuvo al principio muy político conmigo.

— Eso no me importa, al asunto.

— Preparé el terreno con la mayor habilidad, como podeis suponer, y cuando le conduje á una conversación amistosa, fui derecho al asunto. ¡Ah mi pobre Losely! nada puede conseguirse de ese hombre. Se escapó por la tangente, diciéndome que no me entrometiera en sus negocios, y ¡por vida mia! veo que nada podeis esperar por ese lado.

— Muy bien, veremos. ¿Disteis después algunos pasos para descubrir el paradero de la niña, de mi hija?

— Sí di, os lo aseguro. ¡Pero me habeis dado tan débiles indicios! ¿Estais seguro de que no se encuentra en América?

— Ya os he dicho que esa historia de América era una falsedad, una estratagemata empleada por el anciano gentleman para hacerme perder la pista. ¡Pobre viejo! prosiguió Jasper con un tono de sincero sentimiento. No me admiro de que me tenga tanto miedo y huya así de mí. Sin embargo, yo no quiero hacerle mas daño del que le he hecho, ni aun para conseguir una posición tan buena como vos, que me contemplais en vuestra soberbia casa como una le-



PARIS. — El mercado de la calle de Haxo.

chuzas que tiene el buche lleno de ratones. Si yo quiero llevarme a mi hija es por su bien. Porque yo haria que Darrell asegurase su porvenir y el mio, y por consiguiente el del viejo. Y ahora que estos infernales dolores me tienen desvelado casi toda la noche, no puedo desear la imagen de ese pobre viejo, vagando por el mundo para ir a morir en una fosa. Y esa niña que ha huido con él, y a la que él daría su último pedazo de pan. ¡Basta! ¡basta! Esa historia del viaje de América es una mentira. Un amigo que yo tengo en París y que fué a América por cierta especulación, a quien pregunté por William Waife y su nieta Sofia, que, segun se dijo, se embarcaron para Nueva York hace cerca de cinco años, me dijo que el verdadero apellido de las personas que llevaban el nombre de Waife era Simpson, que se embarcaron con un nombre supuesto por complacer a una persona a quien debian algunos favores. Tal vez el viejo habria hecho a aquel hombre algun favor en su juventud. La descripción del *soi-disant* Waife y su nieta lo confirma todo. Es de suponer que los verdaderos Waife y Sofia estén aun en Inglaterra, y a vos os toca buscarlos. Proseguid vuestras investigaciones con la mayor actividad, haced que tenga que felicitaros cuando vuelva a veros dentro de ocho dias... y entre tanto dadme cuatro libras si os place... ó mas si quereis.

— ¡Cómo! Ya os di el otro dia cuatro libras, además seis libras para que os equipárais; no podeis haber gastado tanto.

— Hasta el último penique.
— Querido mio, ¿no podeis arreglarlos de algun modo? ¿No podeis encontrar alguien con quien jugar a las cartas? ¡Cuatro libras! Con vuestra habilidad para el whist cuatro libras es un capital.

— ¿Y con quien he de jugar? ¿Con qué clase de gente? Con matones y rateros. Vestidme bien, convidadme a vuestra casa, reunid en ella a vuestros amigos; organizad una partida de whist, y entonces vereis el partido que puedo yo sacar de cuatro libras, y si quereis partiremos las ganancias como en otro tiempo.

— No habéis tan alto, Losely. ¿No conocéis que eso que me proponeis es imposible? Yo he variado ya de conducta.

— Pero tengo en mi poder documentos que dan testimonio de vuestro antiguo género de vida.

(Se continuará.)

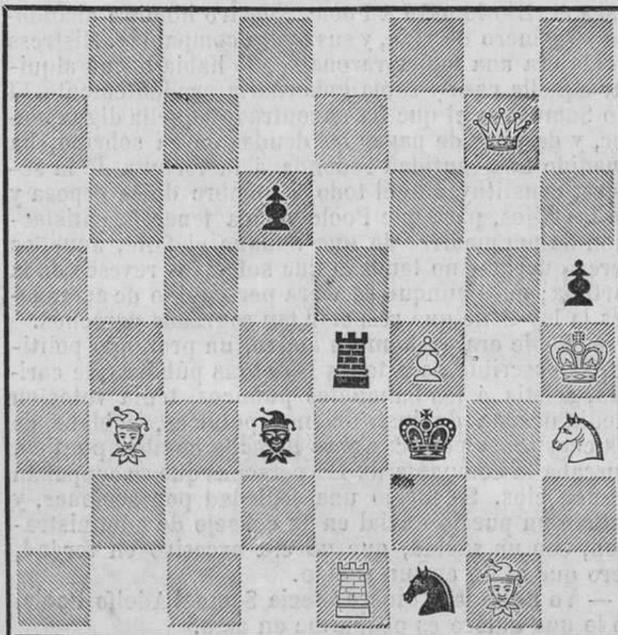
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 338.

- | | | |
|-----------------------------------|---|---|
| 1 R ^a 7 ^a R | 2 A 3 ^a R ^a jaque | 3 R ^a 2 ^a R jaque |
| R 5 ^a AR ^a | R toma A | Mate. |
| R 5 ^a TR ^a | A 3 ^a R ^a | R ^a 3 ^a TR ^a jaque |

PROBLEMA NÚMERO 359, POR M. KLING.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

El mercado de la calle de Haxo.

La naturaleza suele ofrecer terribles contrastes. En el sitio en que se ha cometido un crimen, allí mismo donde ha tenido su desenlace un drama palpitante y espantoso, llega la primavera, y brotan las violetas y las lilas.

Esto sucede en el lugar maldito de la calle de Haxo, donde los hombres de la Commune asesinaron 47 víctimas.

El parisiense que hoy se dirige a ese punto como en romería, se figura encontrar un terreno lúgubre, lleno de ortigas, que trae a la mente las escenas de que ha sido teatro.

Nada de esto.

En el número 79 de la calle de Haxo, una calle montuosa de Belleville, que solo se llama así hace tres años, por el apellido de un coronel de ingenieros, se ve un mercado, una especie de square, todo verde, ante el cual se pasaria con indiferencia, si no fuese por la inscripción que hay sobre la verja de entrada y que dice así:

OBRA EXPIATORIA DEL MONUMENTO DE LOS REHENES...

Se entra en este jardin y se ven las hojas que salen en los árboles, y se oyen los pájaros que cantan en las ramas: en medio hay un pequeño estanque. Los muchachos juegan en la arena delante de la casa del guarda.

Nada hasta ahora recuerda la horrible tragedia.

Pero lleguémonos al fondo del square.

Aquí encontramos una pared baja, y a cuatro metros mas allá está la pared del cercado. El espacio comprendido entre las dos paredes forma como una zanja.

En la zanja dos cruces negras cargadas de coronas de siemprevivas.

Allí cayeron las 47 víctimas.

En vano se buscan en la cerca las señales de las balas: han desaparecido.

La yerba ha cubierto la tierra que pisotearon los verdugos cuando estaba cubierta de cadáveres palpitantes.

Sin embargo, esa verdura tiene reflejos siniestros...

La horrible matanza acude a la memoria con sus espantosos detalles.

Nuestro dibujo representa ese funesto lugar con una exactitud fotográfica.

E. F.